

ACADEMIA NACIONAL DE AGRONOMIA Y VETERINARIA

Doctor Joaquín V. González

Un Recuerdo en el Centenario de su Nacimiento
1863 - 1963



DISERTACION DEL ACADEMICO DE NUMERO

Prof. Dr. JOSE RAFAEL SERRES

En la

Sesión del 24 de abril de 1963



**PRESIDENCIA
BIBLIOTECA**

BUENOS AIRES

1963



DR. JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

ILUSTRE FUNDADOR Y PRIMER PRESIDENTE
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA.

ACADEMIA NACIONAL DE AGRONOMIA Y VETERINARIA

Buenos Aires - Arenales 1678.



MESA DIRECTIVA

<i>Presidente</i>	Ing. Agr. José María Bustillo
<i>Vicepresidente</i>	Dr. Francisco Rosenbusch
<i>Secretario General</i>	Dr. José Rafael Serres
<i>Secretario de Actas</i>	Dr. Antonio Pires.
<i>Tesorero</i>	Ing. Agr. Saturnino Zemborain

ACADEMICOS DE NUMERO

Dr. Arena, Andrés R.
Dr. Baudou, Alejandro C.
Ing. Agr. Brunini, Vicente C.
Ing. Agr. Burkart, Arturo E.
Ing. Agr. Bustillo, José María
Dr. Candioti, Agustín N.
Dr. Cárcano, Miguel Angel.
Ing. Agr. Casares, Miguel F.
Dr. Eckell, Osvaldo A.
Dr. Fernández Ithurrat, Edilberto
Dr. García Mata, Enrique
Ing. Agr. Ibarbia, Diego J.
Dr. Newton, Oscar M.
Ing. Agr. Ortega, Gabriel
Ing. Agr. Parodi, Lorenzo R.
Dr. Pires, Antonio.
Ing. Agr. Pous Peña, Eduardo
Dr. Quiroga, Santiago S.
Ingr. Agr. Ragonese, Arturo S.
Dr. Rosenbusch, Francisco.
Dr. Rottgardt, Abel A.
Ing. Agr. Sauberan, Carlos
Dr. Serres, José Rafael.
Dr. Solanet, Emilio.
Ing. Agr. Zemborain, Saturnino.

**"EL PERPETUAR LA MEMORIA
DE LOS HOMBRES RECOMENDA-
BLES, ES HACER JUSTICIA A SU
MERITO Y ESTIMULAR A LOS DE-
MAS A QUE IMITEN SU EJEMPLO".**

RIVADAVIA

**"UN ANIVERSARIO ES UN ACON-
TECIMIENTO IMPORTANTE, POR-
QUE EL PASADO VUELVE A HACER
LATIR EL CORAZON AL RECOR-
DAR LAS PAGINAS YA ESCRITAS
EN EL LIBRO DE LA EXISTENCIA".**

AVELLANEDA

EL DOCTOR JOAQUIN V. GONZALEZ
UN RECUERDO EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO
1863-1963

Señores Académicos:

Como es de conocimiento público, el 6 de marzo ppdo. se cumplió el centenario del nacimiento de Joaquín V. González, ocurrido en el año 1863, en Nonogasta, población del departamento de Chilecito, en la provincia de La Rioja.

Con ese motivo, tanto los gobiernos de la Nación y de varias provincias, como diversas entidades públicas y privadas, han venido desarrollando nutridos programas de homenaje.

Por su parte, y para la preparación y coordinación de actos con que se honraría la memoria de tan esclarecida personalidad, el P. E. dio, en esta oportunidad, un decreto mediante el cual fue creada una "Comisión Nacional de Homenaje a Joaquín V. González", presidida por el ministro de Educación y Justicia, y de la que formaron parte los subsecretarios de los Ministerios del Interior y de Relaciones Exteriores y Culto; por el interventor federal en la provincia de La Rioja; los presidentes de las Academias Nacionales de Derecho y Ciencias Sociales, de Bellas Artes y de la Historia, y de la Academia Argentina de Letras; los rectores de las Universidades Nacionales de La Plata, Buenos Aires y Córdoba; el director general de Cultura del Ministerio de Educación y Justicia; el director de la Biblioteca Nacional; los presidentes de la Sociedad Argentina de Escritores, Colegio de Abogados de Buenos Aires, Institución Joaquín V. González e Instituto Cultural Joaquín V. González, y el Comisionado Municipal de la ciudad de Chilecito, La Rioja.

En los fundamentos del mencionado decreto, el P. E. sintetizó su elevado concepto acerca de la personalidad y la obra de Joaquín V. González, con las expresiones siguientes:

“Que la personalidad de Joaquín V. González es expresión auténtica del genio argentino y de la pasión ciudadana puesta al servicio del bien público:

“Que su aporte a la obra constructiva de la nación es cabal ejemplo de la contribución provinciana a la estructuración patria, hecha de amor a la tierra nativa, a sus tradiciones y a los principios rectores que le infundieron vida:

“Que la temprana vocación de su talento político lo impulsó a la gestión pública, desde el gobierno de su provincia natal, desde el Congreso como diputado y senador y, además, como ministro de Justicia e Instrucción Pública, Interior y Relaciones Exteriores, funciones en las que dejó la impronta de su lúcida inteligencia:

“Que como educador, desde la vocalía del Consejo Nacional de Educación, la cátedra universitaria o la disertación pedagógica, abordó con notable experiencia los problemas de la política educacional en todos sus niveles, hasta culminar con la fundación de la Universidad Nacional de La Plata, de la cual fue su primer presidente”.

Era natural, pues, que la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria resolviese dedicar la primera sesión de su nuevo año académico para honrarse adhiriéndose, muy particularmente, a tan justiciero homenaje.

*

A fray Mamerto Esquiú se le conoce también como “El Santo de la Constitución”, en recuerdo del famoso “Sermón de la Constitución” pronunciado en la iglesia Matriz de Catamarca a raíz de la firma de aquélla por los constituyentes de 1853, hecho ocurrido en Santa Fe, el 1º de mayo de ese año.

A Juan Bautista Alberdi se le considera, a su vez, como uno de los padres de nuestra Constitución, merced a sus tan justamente elogiadas “Bases”.

Pues bien, Joaquín V. González ha sido consagrado como “El jurista de la Constitución”, en mérito a su vasta obra sobre la materia. Y muy acertadamente, por cierto, de esta vida ejemplar se ha dicho que “su fuerte fue la Ley, su biblia la Constitución, y la Sencillez su manera”.

Lamentablemente, el doctor González falleció el 21 de diciembre de 1923, en esta ciudad, a los 60 años de edad.

Acompañados por delegaciones representativas del Poder Ejecutivo nacional, del Congreso, de la Justicia, y de centros culturales de todo el país, sus restos fueron conducidos a la provincia de su nacimiento, en 1926, y sepultados en el cementerio de Chilecito.

Con ocasión del centenario conmemorado se decidió el traslado de los restos a la vieja y ya histórica finca conocida con el nombre de Samay Huasi (del quichua: "casa de reposo"), situada al pie del Portezuelo, y que fue la residencia de predilección del doctor González.

En el acto realizado en Chilecito fueron pronunciadas numerosas y muy sentidas oraciones de homenaje, exaltando la obra múltiple del eminente ciudadano.

Entonces, como ahora en los diversos actos conmemorativos del centenario de su nacimiento, se ha destacado ampliamente la figura de Joaquín V. González como estadista, político, legislador, escritor, periodista, jurista, internacionalista, constitucionalista, sociólogo y muy especialmente su obra de educador, desde la cátedra universitaria, que desempeñó con relieve ejemplar, y que culminó con la creación de una Universidad Nacional: la de La Plata, que en su homenaje se honró declarando este año lectivo, "Año Gonzaliano".

Materializando los homenajes, en Samay Huasi fue inaugurado un monumento en su honor, obra del escultor C. Sforza, y un busto en la Plaza Sarmiento, de Chilecito.

Asimismo se efectuó el acto inaugural de la Universidad de La Rioja, creada por la Institución Joaquín V. González, de la Capital Federal, entidad presidida por el profesor Eleázar Roldán Sánchez. Esta universidad funcionará en el local cedido, sin cargo, por el gobierno de la Nación mediante el decreto-ley Nº 13.445, del 5 de diciembre de 1962.

Por la trascendencia de esta creación, exteriorizada en los considerandos del acto gubernativo mencionado, creo justo hacer conocer su texto, que es el siguiente:

VISTO: La presentación de la Institución Joaquín V. González, con personería jurídica nacional otorgada por Decreto Nº 788/62, donde solicita se le ceda en custodia la propiedad existente en la Ciudad de La Rioja, transferida al Ministerio de Educación y Justicia por Decreto Nº 6.014 del 12 de julio de 1961 para ser destinada a fines educativos; y **CONSIDERANDO:** Que la Institución precitada solicita la propiedad en cuestión con el objeto, según manifiesta en su presentación que obra a fs. 7 del Expediente Nº 89.645/62 del registro del Ministerio de Educación y Justicia, "de dar cumplimiento de inmediato a los fines de la Institución que representamos, creada para promover la educación integral de la juventud argentina, en todas las ramas de la enseñanza, en base al sistema del Internado Tutorial implantado por don Joaquín V. González en U. L. P. I., cuando fundó la Universidad Nacional de La Plata";

Que en la actualidad esa propiedad se encuentra desocupada, pudiéndose en consecuencia, sin perjuicio para la Nación, darle un destino útil para la educación del pueblo;

Que son propósitos de la Institución alojar estudiantes universitarios, agrupados por fraternidades, a quienes se les brindará una enseñanza acorde con las más modernas y eficientes técnicas pedagógicas, a cargo de un escogido núcleo docente, nacional y extranjero;

Que se propugna la inclusión de planes de investigación científica con el propósito de formar un centro de este carácter, al servicio de los intereses generales del país, de sus industrias y empresas;

Que se dará la importancia que poseen la cultura general, las ciencias políticas y las artes, cumpliéndose así con los dilatados fines que debe ser objetivo de una Universidad;

Que se realizará una experiencia de amplias proporciones, ya generalizada en otros países, al buscar el contacto permanente entre alumnos y profesores por el régimen de convivencia;

Que el ambiente apacible de La Rioja —alejada de los grandes centros urbanos— se presta como pocos para que los alumnos se consagren, en un medio ideal, a las disciplinas del estudio y la investigación;

Que, por otra parte, una casa de estudios universitarios de tal naturaleza y calidad redundará en beneficio y prestigio de toda la vasta región del noroeste argentino;

Que el Gobierno de la Nación considera conveniente acceder a lo que se solicita, por los altos móviles que informan el pedido, como adhesión del país al Centenario del nacimiento del doctor don Joaquín V. González, que se cumplirá el día 6 de marzo de 1963 y como elevado y permanente homenaje a su memoria ilustre, por su actuación como estadista, educador, jurista, escritor, poeta y humanista;

Por ello y de acuerdo a lo aconsejado por el señor Ministro Secretario en el Departamento de Educación y Justicia,

El Presidente de la Nación Argentina,

DECRETA con Fuerza de LEY:

Artículo 1° — Concédese el uso sin cargo de la propiedad existente en la Ciudad de La Rioja, transferida al Ministerio de Educación y Justicia por Decreto N° 6.014/61, a la Institución Joaquín V. González —personería jurídica otorgada por Decreto N° 788/62—, a los fines de dedicarla a obras educativas de la juventud, conforme a planes generales que deberá someter a la aprobación del Poder Ejecutivo por intermedio del Ministerio del ramo.

Art. 2° — La Institución Joaquín V. González mantendrá la actual estructura arquitectónica de las dependencias existentes y no podrá in-

tróducir modificaciones que las circunstancias aconsejen como necesarias, sin previa intervención y autorización del Ministerio de Educación y Justicia, quedando a su cargo los gastos de conservación y mantenimiento del edificio y dependencias. En oportunidad de su devolución al citado Departamento de Estado, deberá entregarlo en las mismas condiciones en que lo recibió, salvo los deterioros producidos por el uso o por el transcurso del tiempo.

Art. 3° — Queda establecido que si en el término de dos (2) años, a partir de la fecha de entrega, no se ha dado principio de ejecución a los propósitos enunciados por la Institución Joaquín V. González, la propiedad mencionada en el artículo 1° deberá ser restituida al Ministerio de Educación y Justicia.

Art. 4° — El presente decreto será refrendado por los señores Ministros Secretarios en los Departamentos de Educación y Justicia, del Interior, de Economía y de Defensa Nacional y firmado por el señor Secretario de Estado de Hacienda.

Art. 5° — Comuníquese, publíquese, dése a la Dirección General del Boletín Oficial e Imprentas y archívese.

GUIDO. — Alberto Rodríguez Galán. — Rodolfo Martínez. — Alvaro C. Alsogaray. — José M. Astigueta. — Rafael R. Ayala.

*

En materia educativa, para González el desideratum era la "educación en común", que pone en contacto —como él lo dijo— las inteligencias y acerca los corazones, contacto creador de un espíritu fraternal y solidario entre sus miembros.

Tenía González muy presente el ejemplo dado por las afamadas residencias estudiantiles inglesas y norteamericanas, particularmente las de las universidades de Oxford y Cambridge, a cuyos graduados atribuyó el haber hecho de Inglaterra "la nación conductora del mundo moderno".

Consecuencia de este ideal educativo fue, en 1910, la creación como anexo del Colegio Secundario de la Universidad Nacional de La Plata —que se fundara por su inspiración y acción— de U.L.P.I., sigla que corresponde a "Universidad La Plata Internado", y cuyas letras vinieron a simbolizar después los conceptos de Unión, Libertad o Labor, Paz o Progreso, e Instrucción.

A este aspecto de la vida ejemplar de Joaquín V. González se refirió especialmente el doctor Amaranito A. Abeledo, en la brillante conferencia que, con el título de "U.L.P.I. y el pensamiento social educativo de Joaquín V. González", pronunció en el Instituto Popular de

Conferencias, el 15 de junio de 1956, y que tengo bien presente en este instante.

Con ocasión de la conferencia del doctor Abeledo, el ex alumno de U.L.P.I. doctor Adolfo A. Viechi, embajador argentino en U.S.A., en carta dirigida al director de La Prensa, se lamentaba de no poder estar presente en ese acto de homenaje a quien distinguió —por cierto que con justicia estricta— como “uno de los más ilustres argentinos, pensador eminente, profundo sociólogo y erudito maestro, que no sólo adoctrinó a varias generaciones de argentinos, sino que nos ha legado una obra que por su extraordinaria calidad y por su variedad y extensión lo señala como uno de los escritores más sabios y fecundos de nuestro país”. Viechi expresó, en la circunstancia, su gratitud permanente y hondo afecto por quienes fueron sus profesores en U.L.P.I.

De U.L.P.I. se ocupó también, elocuentemente, Lucio A. Robirosa, en 1960, con ocasión del sesquicentenario de la Revolución de Mayo, que coincidió con el cincuentenario de la creación de aquél, y a los cuarenta años de su desaparición, en 1920 por obra de la “nueva” universidad, cuando ya González había cesado en la presidencia de la Universidad Nacional de La Plata.

La vocación educadora era, según las propias palabras de González, “la definitiva de mi vida pública y privada”, como lo expresó en un discurso pronunciado en el Museo de Bellas Artes.

Asimismo, en el Senado de la Nación había hecho esta manifestación: “Puedo afirmar que hoy y mañana no tengo más misión que promover la cultura de mi país; todas las demás cuestiones me son secundarias e indiferentes”.

*

Tuve el privilegio de conocer y tratar con cierta frecuencia al doctor González durante los años en que desempeñé la cátedra universitaria en La Plata, pero mi primer contacto con él ya se había producido a través de su “Manual de la Constitución Argentina”, a principios de este siglo, al cursar el 5º año del bachillerato en el viejo Colegio Nacional Central, hoy de la Universidad de Buenos Aires. Ese “Manual” era nuestro libro de texto para el estudio de la asignatura Instrucción Cívica, en el curso a cargo entonces del brillante profesor doctor Manuel Carlés, legislador nacional.

Aquella obra, tan modestamente designada como “Manual” por su autor, y que según reza en la portada fue “ESCRITO PARA SERVIR DE TEXTO DE INSTRUCCION CIVICA EN LOS ESTABLECIMIENTOS DE INSTRUCCION SECUNDARIA”, ultrapasó pronto, como es natural, los reducidos límites impuestos por el doctor González, pues —como muy bien se ha recordado en esta oportunidad—

no sólo tuvo amplitud cabida en nuestras facultades de Derecho, sino que ha sido y es mencionada frecuentemente en los tribunales del país, y tanto que la Corte Suprema lo ha hecho casi tantas veces como a las BASES de Alberdi, cuando se ha tratado de la interpretación de la Constitución Nacional.

Por su parte, y a propósito del "Manual", el doctor Alfredo Orgaz, ex presidente de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, ha expuesto recientemente, entre otros, estos conceptos:

"Dentro de su labor jurídica, el "Manual de la Constitución Argentina", publicado en 1897 —cuando González tenía sólo 34 años de edad—, es una flor de excelencia y perfección, un libro que no tiene superior, ni siquiera igual, en la bibliografía constitucional del país. Pasados más de sesenta años desde su aparición, permanece ahora prácticamente intacto y con la misma lozanía."

Y más allá:

"Todavía hay que destacar que él fue escrito "para servir de texto de instrucción cívica en los establecimientos de enseñanza secundaria", modestísima finalidad que agrega otro elemento de maravilla. Es, en efecto, el libro mejor construido y el más profundo de nuestra bibliografía de derecho constitucional: no sólo sirve de alimento para los jóvenes de los institutos secundarios, sino, además para los de las universidades y, mucho más allá, también para los profesores de unos y otros, cualquiera sea su jerarquía intelectual; también para los jueces, aun los más altamente situados.

"¡Ah, si nuestros gobernantes, diputados y senadores, nuestros jueces y profesores se acercaran con frecuencia y con sincero interés a las limpiadas páginas del "Manual", cuánto cambiaría la afligente práctica de nuestras instituciones fundamentales!"

* * *

A mi vez, del enjundioso PREFACIO del "Manual", estimo justo y útil destacar especialmente, como gratos a su espíritu, las manifestaciones siguientes:

"La Constitución y los principios generales de la teoría jurídica, que ella contiene y aplica, es la ley que da carácter, personalidad y fuerza a la Nación, es la ley de todos los órdenes, gremios y categorías sociales; por lo tanto, no debe quedar limitado su estudio sólo a los que van a hacer del derecho o la política una profesión, o un empleo constante, sino que debe procurarse su difusión en toda persona que forme parte del pueblo argentino, y en toda esfera que corresponda al sistema constitucional que rige la vida de la Nación. Aparte de otros fundamen-

tos que en seguida se exponen, debe tenerse presente que todas las carreras científicas y literarias, que toda cultura del espíritu, conducen, en países jóvenes como el nuestro, a las posiciones que dependen del voto o la designación públicos, y que una vez en ellas debe el electo encontrarse preparado, o para desempeñarla con acierto y sin vacilaciones, desde luego, o para emprender su más especial estudio sobre las bases de un conocimiento anterior que está a un tiempo en la inteligencia y en el corazón.

“¿Es acaso necesario demostrar la conveniencia que para el imperio positivo de la libertad consagrada como patrimonio y promesa eterna de la Nación Argentina, resulta de la enseñanza más avanzada de los principios y fórmulas de su gobierno?”

Y más allá, después de amplias consideraciones, termina el Prefacio con estas palabras de exhortación ejemplar:

“No debe olvidarse que es la Constitución un legado de sacrificios y de glorias, consagrada por nuestros mayores a nosotros y a los siglos por venir; que ella dio cuerpo y espíritu a nuestra patria hasta entonces informe, y que como se ama la tierra nativa y el hogar de las virtudes tradicionales, debe amarse la Carta que nos engrandece y nos convierte en fortaleza inaccesible a la anarquía y al despotismo”.

* * *

Voy a referirme ahora a un aspecto particular de la obra de González como educador. Es la que lo vincula singularmente con las ciencias agronómicas y las ciencias veterinarias, y por lo cual los cultores de ellas le profesan honda admiración y respetuoso reconocimiento.

Para ello considero conveniente empezar recordando brevemente hechos a los que me he referido con amplitud, en 1958, con la oportunidad de la conmemoración del 75° aniversario de la iniciación de los estudios superiores de agronomía y de veterinaria en la República Argentina.

Mediante la ley del 30 de octubre de 1889 la Legislatura de la provincia de Buenos Aires creó la Facultad de Agronomía y de Veterinaria, sobre la base del Instituto Agronómico-Veterinario que había iniciado los cursos, en Santa Catalina, en 1883.

Para su funcionamiento en La Plata, el traslado se realizó en el mes de marzo de 1890, y el 1° de junio de ese año se iniciaron las actividades en la nueva facultad.

El 27 de diciembre de 1889 la misma Legislatura aprobó la ley de creación de la Universidad de La Plata, que el gobernador Máximo Paz promulgó el 2 de enero de 1890.

Según dicha ley la Universidad se compondría de los institutos siguientes: Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Facultad de Cien-

cias Médicas y Facultad de Matemáticas, Química y Farmacia, "y de las que en adelante se crearen".

No se hacía mención, como se aprecia, de la Facultad de Agronomía y de Veterinaria, no obstante haber sido creada por esa misma Legislatura, apenas dos meses antes.

La flamante universidad provincial sólo se constituyó varios años más tarde, recién en 1897, mediante decreto del gobernador Guillermo Udaondo, refrendado por los ministros J. J. Alsina, Emilio Frers y M. F. Gnecco. Fue su rector el "Bertín" argentino, doctor Dardo Rocha, designado por la Asamblea universitaria.

Lamentablemente, esa universidad no respondió a la esperanza que en ella cifraron sus creadores, pues llevó vida totalmente anémica.



Como la penuria financiera que sufría la provincia dificultaba el desarrollo de las actividades en la Facultad de Agronomía y de Veterinaria, el doctor Adolfo Saldías, ministro del gobernador Bernardo de Irigoyen inició gestiones, en febrero de 1900, ante el ministro nacional de Justicia e Instrucción Pública, doctor Osvaldo Magnasco, para transferirla a la Nación, pero sin éxito. Tampoco lo tuvieron las realizadas, en el mismo sentido, por los estudiantes de la Facultad, ante el ministro de Agricultura doctor Martín García Merou.

Como lo he dicho, la Facultad de Agronomía y de Veterinaria no había sido incluída en la Universidad provincial creada casi simultáneamente. Es posible que en ese entonces los legisladores hayan estimado —si bien sin explicarlo— que un instituto dedicado a aquellas actividades recientemente introducidas, puede decirse, en nuestro ambiente intelectual, no debía formar parte de una universidad, por no encuadrar en los moldes del trivium y del quadrivium clásicos aunque verdaderamente arcaicos.

Podemos pensar, sin embargo, que aquella exclusión fue deliberada, si juzgamos el hecho a través de la carta dirigida, en febrero de 1900, al ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, doctor Osvaldo Magnasco, por el doctor Adolfo Saldías, ministro del gobernador Bernardo de Irigoyen, favoreciendo la nacionalización de la Facultad por razones de carácter económico.

Decía el Dr. Saldías: "Si mi distinguido ministro y amigo el doctor Magnasco se dignase tener en cuenta la indicación que brevemente apunto en estas líneas y quisiera tomarse la molestia de venir un día a visitar la Facultad de Agronomía y Veterinaria, yo tendría el placer de acompañarlo y quizá se podría sin esfuerzo nacionalizar la Facultad

o autorizar a la Universidad de La Plata a que equipare los diplomas de la misma con los de derecho, ingeniería, que expide dicha Universidad".

Los últimos términos de esta carta indican la existencia de una situación de diferencia —evidentemente molesta— en cuanto a la jerarquía de los diplomas otorgados por la Facultad de Agronomía y de Veterinaria, frente a los otorgados por los institutos de la universidad provincial.

Y así llegamos al 15 de noviembre de 1902, fecha en que fue celebrado, entre el gobernador Marcelino Ugarte y el ministro nacional de Justicia e Instrucción Pública doctor Juan R. Fernández, un convenio ad referendum para la cesión a la Nación —en propiedad y gratuitamente— de estos establecimientos: la Facultad de Agronomía y de Veterinaria, el Observatorio Astronómico y la Escuela de Agricultura y Ganadería de Santa Catalina.

Este convenio fue aprobado por la Legislatura mediante la ley del 26 de diciembre de 1903, y ratificado por el Congreso Nacional al incluir en el presupuesto general de la Nación para 1905, una partida de \$ 200.000.—.

En esta oportunidad ya toma relieve particular, en nuestro ambiente la figura del doctor Joaquín V. González. En efecto, el 31 de diciembre de 1904 el presidente Quintana expidió el decreto, propuesto por su ministro de J. e Instrucción Pública doctor González, disponiendo que el departamento a cargo de éste tomara posesión de aquellos establecimientos a partir del 1º de enero de 1905. Y mediante el decreto del 23 de enero de 1905 se dispuso la incorporación de la Escuela de Agricultura y Ganadería de Santa Catalina a la Facultad Nacional de Agronomía y de Veterinaria.

Ya era, pues, y definitivamente, nacional la ex Facultad provincial, con la actuación progresista del doctor Joaquín V. González.

OTRA ETAPA DE LA ACTUACION DEL Dr. GONZALEZ COMO EDUCADOR

Entramos ahora en la etapa de la fundación de la Universidad Nacional de La Plata.

El 12 de febrero de 1905, el doctor Joaquín V. González —en su carácter de ministro de J. e Instrucción Pública de la Nación— envió al gobernador Ugarte una Memoria acerca del propósito abrigado por el departamento a su cargo respecto de la creación de una universidad nacional en La Plata, sobre la base de los institutos científicos establecidos en esa ciudad.

De dicha Memoria me complace vivamente en destacar los conceptos expresados por Joaquín V. González a propósito de la Facultad de Agronomía y de Veterinaria, que formaría parte de la Universidad proyectada, conceptos que nunca deberemos olvidar.

Son los siguientes:

“Hasta ahora, por falta de amplitud de criterio experimental, sólo se concibe las universidades dogmáticas, donde el núcleo apenas se extiende al quadrivium del Derecho, la Medicina, las Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y la Filosofía; y cada vez que se insinúa la introducción de algún factor extraño, como el de esos nuevos departamentos de las ciencias, de fines menos aristocráticos, aunque de igual valor científico intensivo, se alarma el criterio clásico, y sus viejos consejos académicos se estremecen como a la aproximación de una catástrofe o de un evilecimiento de los estudios”.

En la misma MEMORIA, al referirse a la “Organización universitaria”, en el punto pertinente el doctor González expresó:

“Poco tendré que decir de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, que se mantiene en existencia relativamente próspera, debido a los buenos elementos intelectuales y materiales con que cuenta, y a la evidente utilidad de sus cursos para la Provincia y para una vasta porción de la República”.

* * *

Situación semejante se ha observado, respecto de los estudios agronómicos y veterinarios, en la Universidad de Buenos Aires.

Su actual Facultad de Agronomía y Veterinaria, que tuvo origen en el extinguido Instituto Superior de Agronomía y Veterinaria, creado como dependencia del Ministerio de Agricultura de la Nación, en 1904, sólo tuvo cabida en la Universidad de Buenos Aires desde 1909, no obstante que esas ciencias ya habían alcanzado el nivel universitario, en La Plata, en 1906.

En efecto, su incorporación a la Universidad de Buenos Aires fue resuelta por el P. E. nacional mediante el Presupuesto General correspondiente al año 1909.

El 10 de mayo de 1909 fue dictado el decreto Figueroa Alcorta — Rómulo S. Naón, declarando que desde esa fecha el Instituto Superior de Agronomía y Veterinaria mencionado formaría parte de la Universidad de Buenos Aires.

El 1º de julio siguiente esta Universidad aprobó una ordenanza reconociendo a dicho Instituto en el carácter de Facultad. Y el 17 de ese mismo mes el P. E. prestó su aprobación a esa ordenanza.

Esta fue la fecha definitiva de aquella incorporación universitaria.

* * *

EL CONVENIO

Para constituir una Universidad Nacional en la ciudad de La Plata

Por tratarse de un valioso capítulo de nuestra historia universitaria, vinculada tan íntimamente con las ciencias agronómicas y las ciencias veterinarias argentinas, capítulo en cuyo desarrollo tuvo actuación preponderante el doctor Joaquín V. González, presento aquí el texto del CONVENIO ad referendum subscripto entre el Gobierno de la provincia de Buenos Aires y el P. E. de la Nación, el 12 de agosto de 1905, para el establecimiento de una Universidad Nacional en la ciudad de La Plata.

‘En la Ciudad de Buenos Aires, capital de la nación argentina, a los doce días del mes de Agosto de mil novecientos cinco, el excelentísimo señor gobernador de la provincia de Buenos Aires, don Marcelino Ugarte, y el excelentísimo señor Ministro de Justicia, e Instrucción Pública, doctor Joaquín V. González, en nombre y representación del Poder Ejecutivo de la Nación, con el fin de constituir una Universidad Nacional, en la ciudad de La Plata, han convenido en las siguientes bases, que someterán respectivamente a la aprobación de la Honorable Legislatura de la Provincia y del Honorable Congreso de la Nación.

Artículo 1º—El gobierno de la provincia de Buenos Aires cede al de la Nación, a título gratuito y en absoluta propiedad, los siguientes bienes, además de los ya cedidos por convenio de fecha 15 de noviembre de 1902 y la ley de 23 de noviembre de 1903, y por convenio de 5 de enero de 1905, que las partes ratifican en el presente acto:

- a) El edificio del Museo de La Plata, con todas sus instalaciones, colecciones y muebles, siendo entendido que la provincia retiene la propiedad de los talleres de impresiones oficiales y útiles anexos, y que podrá conservar temporariamente en la casa del Museo, mientras prepara otro local adecuado, pero se encargará de hacer por cuenta del excelentísimo gobierno de la nación las impresiones del Museo, mientras éste no organice otro servicio sustituyente.
- b) El uso del edificio del Banco Hipotecario de la Provincia, con su terreno situado entre las calles y la propiedad del mismo,



EDIFICIO CENTRAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA.
CON LA ESTATUA DE SU FUNDADOR, DR. JOAQUIN V. GONZALEZ.

cuando pueda disponer de ella mediante el arreglo de las cédulas hipotecarias.

- c) La actual Universidad de La Plata, con todos los bienes que constituyen su patrimonio y dotación son los siguientes:

Una casa calle 45 entre 2 y 3, de acuerdo con las condiciones establecidas por el donante:

Chacra señalada con el núm. 101 del plano;

Chacra señalada con el núm. 102 del plano;

Quinta señalada con los números 22, 56, 21 y 55 del plano;

Quinta señalada con los números 90, 124, 89 y 123 del plano;

Un lote terreno calle 7-61 diagonal, destinado para edificio de la Universidad, ley 2 de enero de 1890:

\$ 19.000 en títulos de la deuda interna consolidada de la provincia de 5 y 6 %:

\$ 10.500 en efectivo:

\$ 10.000 que adeuda el gobierno de la provincia. Saldo de la partida de \$ 50.000. Ley 2 de enero de 1890 para instalación.

- d) Terreno de bañado anexo al de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, marcado en el plano oficial con las letras A, B, C, D, E, y F, cuya superficie es de 67 hectáreas, 87 áres y 72 centiáreas, que se destinará al cuidado de animales y otras experiencias de la misma Facultad.
- e) La Biblioteca Pública, que será instalada en el local de la Universidad para ser utilizada, sin perder su carácter actual para el estudio de la misma.

Artículo 2º El gobierno de la nación tomará a su cargo la fundación, en la ciudad de La Plata, de un instituto universitario, sobre las bases de las cesiones del artículo anterior, y sin que se afecte las facultades que la constitución nacional concede al Congreso sobre planes de instrucción, mantendrá los establecimientos referidos en condiciones de creciente utilidad para la enseñanza y para la ciencia universal y la cultura pública, proveyendo todos los fondos necesarios para el total desenvolvimiento del plan.

Art. 3º El instituto que debe crearse se hallará bajo la dependencia del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, y se denominará "Universidad Nacional de La Plata", y tanto los estatutos como los reglamentos y ordenanzas que se dicten, se ajustarán a las reglas de los artículos siguientes, que se considerarán como su carta orgánica.

Art. 4º La Universidad de La Plata, como persona jurídica, podrá adquirir bienes y administrar los que por este convenio se le adjudica.

pero no podrá enajenarlos ni adquirir otros nuevos a título oneroso sin especial consentimiento del Poder Ejecutivo de la Nación.

Art. 5° Podrá establecer y cobrar derechos universitarios, pensiones y otros emolumentos, cuyo producto se destinará a constituir un fondo propio, el cual, agregado a la renta que le dan sus bienes y productos agrícolas, ganaderos, manufacturados y demás obras que se realicen en sus diversas dependencias, se destinará al sostenimiento de los institutos, facultades y escuelas o colegios que constituyan la Universidad comidos los gastos de sostenimiento de las oficinas del presidente y consejo superior.

Art. 6° La Universidad se compondrá de las siguientes autoridades y dependencias, que trabajarán bajo una sola dirección general y son:

Un presidente.

Un consejo superior.

Una asamblea de profesores.

Un consejo académico, presidido por un director o decano, por cada uno de estos institutos: a) Museo b) Observatorio Astronómico. c) Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, d) Facultad de Agronomía y Veterinaria.

Art. 7° De las actuales facultades o institutos podrán desprenderse en lo sucesivo otros nuevos, pero no podrán funcionar como tales y constituir consejos y autoridades propias, si no obtienen la aprobación del Poder Ejecutivo Nacional.

Art. 8° El presidente durará en sus funciones tres años y será reelegible sólo por tres periodos consecutivos. Debe poseer título universitario nacional.

Para el primer período, el presidente de la Universidad será nombrado por el presidente de la República con acuerdo del Senado.

Art. 9° El presidente de la universidad es el representante de la corporación en todos sus actos civiles, administrativos y académicos: preside las asambleas generales y el consejo superior, y tiene el puesto de honor en todas las solemnidades que celebren los institutos o facultades incorporadas.

Art. 10. El consejo superior se forma del presidente, los directores y decanos de los institutos o facultades, y de un profesor titular que cada cuerpo docente de éstos elija en votación secreta. Le corresponde en concurrencia con el presidente, el gobierno supremo didáctico, disciplinario y administrativo de la universidad, la jurisdicción apelada en las cuestiones contenciosas que resuelvan las facultades o institutos incorporados, y la resolución sobre creación de nuevos ramos o dependencias universitarias, la fijación de los derechos con aprobación del Poder Ejecutivo, y dictar las ordenanzas y reglamentos generales para el buen régimen didáctico o administrativo de la corporación.



EL SELLO MAYOR DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA.

POR LA CIENCIA Y POR LA PATRIA.

Art. 11. La asamblea general de profesores se formará de todos los titulares, adjuntos, suplentes o extraordinarios que dictasen o tuviesen permiso para dictar curso en la Universidad, y se reunirá previa citación del presidente, resolución del consejo superior o petición de una cuarta parte del total de los mismos, a los objetos siguientes:

- 1º Asuntos graves de disciplina o que afecten la integridad de la corporación.
- 2º Cuestiones de especial interés científico o didáctico, conferencias comunes a todos los institutos o facultades, y las que se darán al público para realizar la *extensión* universitaria;
- 3º Elección de presidente.

Art. 12. Cada facultad o instituto de los mencionados en el artículo 6º y los demás que se creasen, serán presididos por su respectivo decano o director, quien presidirá además, su consejo académico, las reuniones que celebren sus profesores, hará vigilar las clases y el orden en los estudios, y ejercerá autoridad disciplinaria sobre los estudiantes, empleados y profesores, a quienes puede dirigir en privado, observaciones sobre sus métodos de enseñanza.

Art. 13. Los consejos académicos son formados por seis profesores elegidos por los demás del cuerpo docente, titulares y adjuntos, y tienen a su cargo, como el decano o director, el gobierno interior, didáctico, disciplinario y administrativo de su respectivo instituto; ejercen la jurisdicción de primera instancia en los asuntos disciplinarios, proyectan las modificaciones que crean convenientes en los planes de estudios de sus institutos y aprobará o corregirá los programas que preparen los profesores; expiden los títulos de las respectivas profesiones o grados científicos; administran, bajo el control del consejo superior, los fondos universitarios que se le designe; fijan las condiciones de admisibilidad para sus alumnos, y son, con todo el cuerpo docente, responsables de la preparación que ellos obtengan en sus aulas y de las tolerancias o complacencias que se descubriesen en las pruebas parciales o finales de los estudios.

Art. 14. Los primeros profesores de las facultades serán nombrados directamente por el Poder Ejecutivo, con arreglo al plan de estudios y el presupuesto, y en lo sucesivo, por medio de terna, que cada instituto enviará al consejo superior y éste al Ministerio de Instrucción Pública. No será nombrado profesor titular quien no tenga título universitario completo de la República o de institutos conocidos en el extranjero, salvo casos de especial preparación, para lo cual se requerirá la mayoría de tres cuartas partes del cuerpo que los proponga.

Art. 15. Podrá haber, mediante el permiso de los cuerpos académicos, profesores adjuntos a las cátedras titulares, quienes darán

clase libremente sobre las mismas lecciones o materias que se traten en las primeras y con el propósito de ampliarlas o comentarlas; pero ninguna facultad o instituto permitirá dar estos cursos a quien no haya hecho el año de estudios pedagógicos en la sección de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales.

Art. 16. Los profesores de todas las escuelas científicas de la Universidad, pueden, con la venia de su respectivo cuerpo académico realizar excursiones de experiencias, investigaciones y estudios del territorio argentino, de cuyos resultados los profesores, o los alumnos, en su caso, darán conferencias, publicarán memorias o monografías, siempre bajo la autoridad de la Universidad.

Art. 17. El Museo conservará los fines de su primitiva creación pero convertirá sus secciones en enseñanzas universitarias de las respectivas materias, y comprenderá, además, la escuela de química y farmacia, que hoy funciona, en la Universidad de La Plata. Todos sus profesores constituirán reunidos el consejo académico común a todo el instituto, que se dirigirá como una escuela superior de ciencias naturales, antropológicas y geográficas, con sus accesorios de bellas artes y artes gráficas.

Art. 18. El Observatorio Astronómico se organizará de manera que constituya una escuela superior de ciencias astronómicas y conexas, comprendiendo la metereología, la sísmica y el magnetismo, y cuyos resultados prácticos serán publicados periódicamente. Podrán habilitarse locales para estudiantes pensionistas, del país o del extranjero, que quieran consagrarse al estudio de dichas ciencias, quienes tendrán derecho al uso de los instrumentos dentro de los reglamentos del instituto. Las publicaciones que éstos hiciesen en el país, llevarán la designación del observatorio y de la universidad.

Art. 19. La actual Facultad de Agronomía y Veterinaria tendrá bajo su dependencia, como escuela práctica separada, y como aplicación de los estudios de aquélla, el establecimiento de Santa Catalina, el cual será utilizado por los demás institutos universitarios como campo de experimentación, de recreo o de excursiones higiénicas, siempre que no perturbe la enseñanza y los cultivos propios del mismo.

Art. 20. La Facultad de Derecho de la actual Universidad de La Plata será organizada de manera que responda a la denominación de "Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales" y se dividirá en dos ciclos uno de 4 años, destinado principalmente a los estudios profesionales de los que se otorgará título de *abogado* de la nación y de la provincia de Buenos Aires, y otro de dos años, destinados a estudios de ciencias jurídicas y sociales más intensas, y de los que se otorgará título de *doctor* en las referidas ciencias. No se podrá obtener el primer título sin examen final completo de todas las materias codificadas de fondo y de forma, y el segundo sin escribir una monografía sobre un tema de los comprendidos en el curso, y un debate público sobre cuatro proposicio-

nes que fijará el mismo alumno, con la aprobación del cuerpo académico y el decano. La Facultad determinará además las materias que deban cursar los aspirantes al título de *procurador* o al de *notario* o *escribano público*, los cuales tendrán validez en toda la República, no debiendo exceder ambos cursos de tres años de estudio.

Art. 21. Funcionarán bajo la dependencia de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, dos secciones de estudios, una de pedagogía y otra de filosofía y lenguas latina y griega. Estos dos idiomas serán voluntarios, y sólo obligatorios cuando alguna de las facultades exigiese a sus aspirantes aquel conocimiento.

Los estudiantes de los diversos institutos que se inscriban en la sección de pedagogía para adquirir el título de "Profesor de enseñanza secundaria", tendrán derecho a asistir a las cátedras del Colegio Nacional y de la Escuela Normal, para hacer su práctica y el rector y director de estos establecimientos dispondrán el horario de manera que sean posibles dichas experiencias. El Colegio Nacional, en todo cuanto no se refiera a la aplicación del plan de estudios oficiales, atenderá las indicaciones de la Universidad en cuanto ello lo considere como un colegio universitario y preparatorio.

Art. 22. El Consejo superior proyectará los estatutos generales de la Universidad y el presupuesto anual de todas sus facultades y dependencias, y los elevará, para su aprobación y conocimiento, al Poder Ejecutivo, así como los planes de estudios que proyecte cada facultad o instituto. Los reglamentos internos de éstos serán preparados por los mismos y sometidos a la aprobación del consejo superior.

Art. 23. Los estudiantes regulares que se propongan obtener títulos profesionales, científicos o liberales, no deben durar en ninguna facultad o instituto más de seis años; y los que tengan por objeto adquirir profesiones u oficios prácticos, no excederán de cuatro.

Art. 24. Cada decano o director presentará anualmente al presidente del consejo superior, una memoria sobre el estado de su respectivo instituto y sobre las reformas didácticas más importantes que convenga introducir. El presidente de la Universidad dirigirá al Ministerio de Instrucción Pública una memoria sobre la administración, estudios y progresos realizados o mejoras necesarias en aquéllos.

Art. 25. Los títulos profesionales expedidos por la Universidad de La Plata, hasta la fecha de la aprobación del presente convenio, tendrán la misma validez de los que concedan las Universidades de la Nación.

Art. 26. Las bases del presente convenio serán reducidas a escritura pública, una vez aprobadas por el Honorable Congreso de la Nación y la Honorable Legislatura de la Provincia.

M. UGARTE
J. V. GONZALEZ



LAS HOJAS DE ROBLE

INSIGNIA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA.

EL MENSAJE Y PROYECTO DE LEY

Aprobación por el Congreso

Tres días después de subscripto el CONVENIO, el 15 de agosto, el P. E. remitió al Congreso el correspondiente Mensaje acompañando el proyecto de ley mediante la cual se aprobaba dicho acto gubernativo.

El Congreso otorgó la aprobación solicitada, mediante la ley N° 4699 del 19 de septiembre de 1905.

Quedaba así FUNDADA la Universidad Nacional de La Plata.

Con fecha 24 de enero de 1906, el presidente Dr. José Figueroa Alcorta dio un decreto, refrendado por el ministro Dr. González, sobre organización de la nueva Universidad Nacional.

El 17 de marzo inmediato, mediante otro decreto, el doctor González fue designado presidente de la Universidad, en comisión hasta que el Senado de la Nación prestase el acuerdo correspondiente.

* * *

Como va a verse, en el Mensaje que he mencionado se hace especial ponderación de los estudios de agronomía y de los de veterinaria.

He aquí su texto:

Buenos Aires, agosto 15 de 1905.

Al Honorable Congreso de la Nación.

Tengo el honor de elevar a vuestra honorabilidad el adjunto proyecto de ley, por el cual se aprueba el convenio ad-referéndum suscripto entre el Poder Ejecutivo de la Nación y el de la provincia de Buenos Aires, para el establecimiento en la ciudad de La Plata de una nueva Universidad Nacional sobre la base de los diversos institutos científicos allí fundados y en las condiciones que expresa el documento de la referencia y la memoria especial que el Ministerio de Instrucción Pública ha dirigido al señor gobernador de esa provincia, con fecha 12 de febrero del corriente año.

Es conocido de todo el país el hecho de que en la capital de la provincia existen desde poco tiempo después de la fundación de aquella, algunos institutos de índole universitaria, que por diversas causas no han podido alcanzar un desarrollo suficiente, tal como lo pensaron sus iniciadores, a pesar de sus ricas dotaciones que poseen en colecciones, instrumentos, aparatos, laboratorios, gabinetes y materiales diversos, y no obstante la magnitud y hasta la esplendidez de los edificios en que se hallan instalados.

Esos institutos son los siguientes:

- 1° Museo de ciencias naturales y antropológicas.
- 2° Observatorio astronómico.
- 3° Facultad de Agronomía y Veterinaria.
- 4° Escuela práctica de Santa Catalina.

El gobierno de la provincia creó, además por la ley de 2 de enero de 1890, un núcleo universitario compuesto de facultades de derecho, de ciencias médicas y de química y farmacia, las cuales hasta ahora han llevado una existencia, si no precaria por lo menos en condiciones de vitalidad muy distantes de satisfacer los nobles anhelos de sus fundadores.

No había llegado hasta hace poco, sin duda, el momento de analizar las causas de este escaso y difícil crecimiento; pero es evidente que tanto el primer grupo de institutos antes enumerado, como el segundo de escuelas universitarias, carecieron desde su comienzo de un vínculo de cohesión y armonía que les diese vida de conjunto; en una palabra, les hacía falta ese vigor de expansión que comunica la organización común, el aliento recíproco y los fines positivos de su labor; y nada de esto podía esperarse del noble hecho de llevar los primeros una existencia aislada e inmóvil de centros de simple observación y de conservación y los segundos, de escuelas igualmente separadas y limitadas al solo territorio de la provincia, o mejor dicho de su capital, desde que, de muchas de sus ciudades interiores los jóvenes buscan directamente en las universidades y otras escuelas de la nación el camino de los estudios superiores, ya sean los que conducen a las profesiones liberales y docentes, ya a los utilitarios o a los más acentuadamente científicos.

El Poder Ejecutivo ha fijado su atención en este interesante problema, en una época como la presente en que, en los países directivos de la universal cultura, las ideas fundamentales en materia de organización universitaria se hallan transformadas y que grandes modelos admirados por muchas naciones y por nosotros, nos ofrecen su fácil ejemplo, para ser acaso, bajo algunos aspectos, superados aquí con elementos propios.

Ha creído que ha llegado el momento de iniciar una nueva corriente universitaria que, sin tocar el cauce de las antiguas y sin comprometer en lo más mínimo el porvenir de las dos universidades históricas de la nación, consultase, junto con el porvenir del país, las nuevas tendencias de la enseñanza superior, las nuevas necesidades de la cultura argentina, y los ejemplos de los mejores institutos similares de Europa y América.

Llama la atención entre nosotros este fenómeno: o la instrucción científica se ha desarrollado sin elementos materiales de experimentación o hemos tenido grandes museos y observatorios sin aplicación alguna a la enseñanza. El resultado tenía que ser una doble esterilidad, como lo es la de los museos y observatorios sin universidad, y las universidades sin museos y observatorios: y forma notable contraste con este género de estudios y los que se realizan en las facultades de ciencias médicas y de ingeniería y ciencias correlativas en la universidad de Buenos Aires, los cuales por su adopción y cultivo creciente de los sistemas experimentales, han alcanzado tan alto nivel de prosperidad que constituyen para la República un motivo de legítima satisfacción.

Una aspiración igualmente legítima del gobierno y del país tenía que ser, por tanto, la elevación al mismo grado de progreso y desarrollo de los demás ramos de los estudios superiores, y en particular aquellos que, por armonizar mejor con el espíritu científico de la época, están llamados a operar con más eficacia la prosperidad de la Nación, como que estudian las fuentes mismas de la vida, en la naturaleza, en un suelo y en los demás elementos físicos que influye en su medio étnico.

Para esto carecía de materiales propios y adecuados, en la medida de las exigencias de la población y del vasto territorio de la República; y la ciudad de La Plata ofrece, en condiciones insuperables de ubicación, magnitud, cantidad, y selección, todo cuanto puede ambicionarse para plantear un instituto completo de altas enseñanzas científicas y a la vez, de profesiones prácticas que tanto reclaman ya el desarrollo industrial y social del país. Las posee en condiciones tales, que la nación no podría aspirar a tenerlas sino en mucho tiempo y con ingentes gastos, que acaso no podría jamás realizar de una sola vez y con el plan económico que requiere una fundación universitaria.

Este pensamiento es el que toma forma práctica por medio del convenio que hoy somete el Poder Ejecutivo a vuestra aprobación y lo realiza en forma tan feliz del punto de vista económico, gracias al desprendimiento del excelentísimo gobierno de la provincia de Buenos Aires, unido a su convicción de que por ese medio contribuye, a su vez a resolver uno de los más importantes problemas que pueden presentarse en la vida institucional de ese estado argentino, el de la supremacía real y efectiva de su capital político, que así adquirirá un relieve suficiente como residencia del gobierno supremo y cabeza de otras tantas ciudades de mayor valor económico, y estrechará los vínculos de solidaridad interna entre las diversas regiones de su territorio presididas por

otros tantos núcleos urbanos que, sin una fuerte ley de cohesión, tenderían acaso a diferenciarse más en el porvenir. La provincia cede a la Nación, a título gratuito y en propiedad absoluta, los edificios, terrenos, colecciones, instrumentos, mobiliarios y demás útiles propios de los institutos antes mencionados y además los siguientes, con que se completa con toda la amplitud deseable, un plan de organización universitaria en su más moderno concepto:

- a) Edificio del Banco Hipotecario de la Provincia en La Plata.
- b) La actual universidad provincial con los bienes adjudicados por la ley de su creación, y compuesta de una escuela de derecho y otra de química y farmacia.
- c) Biblioteca Pública, compuesta de 36.000 volúmenes y que se destina al servicio de la Universidad Nacional proyectada.

Además, aunque por otro concepto, —el de la ley nacional de edificación escolar—, el gobierno de la provincia ha donado, con destino a la construcción del colegio nacional de La Plata, incluido en aquella por vuestra sanción de fecha 12 de setiembre de 1904, diez y ocho hectáreas de terreno contiguo a la Avenida número 1 y al núcleo de los establecimientos, elegido allí por el Ministerio de Instrucción Pública, con el propósito preconcebido de convertir aquel instituto en el colegio secundario modelo, con internado, e incorporado a la Universidad, para realizar así la fecunda unidad entre una y otra etapa de la enseñanza pública, que tuvo su feliz realización entre nosotros a principios del siglo XIX, y es el secreto de los sorprendentes resultados de los sistemas norteamericanos e ingleses. Esta obra, concebida sobre un plan integral completo de educación intelectual y física, complementaria y preparatoria, ha sido ya solicitada y adjudicada, y su construcción empezará en breves días más.

Tal es el vasto conjunto de bienes de que la provincia se desprende, y cuyo valor pecuniario, según cálculos autorizados, asciende a cerca de once millones de pesos nacionales. Sobre ellos, el Poder Ejecutivo proyecta fundar una Universidad Nacional, cuyo carácter, espíritu y tendencias, siendo desde luego y en todos sus departamentos eminentemente científicos, se definirán mejor por las siguientes especificaciones, relativas a cada uno de los institutos que hayan de constituirlos.

La sección más amplia, por las tendencias que abraza y por su rico material de experiencia y observación, es la de las ciencias naturales, físicas y químicas, cuya base es el actual Museo de La Plata, con sus colecciones, considerado bajo algunos aspectos como uno de los más ricos del mundo, y con su vasto edificio, donde pueden funcionar con holgura, no sólo sus distintas secciones actuales, sino las futuras aulas, gabinetes y laboratorios.

No perderá el Museo su destino como centro de estudio y exploración del territorio y conservación de sus tesoros acumulados, sino que estas cualidades se harán mucho más notables, poniéndose al servicio de la instrucción científica de la Nación entera, bajo el plan metódico y coordinado de una universidad.

En los diversos grados o divisiones de la carrera científica irán desprendiéndose las profesiones prácticas, hasta llegar a la selección superior, a los que se consagran a la ciencia pura, y cuyo estudio no concluye jamás, siendo su destino permanente, el de enriquecer el caudal de la cultura universal y del propio país. Las colecciones, que hasta ahora sólo realizaban esa vaga y remota forma de educación colectiva que consiste en la visita popular de los días feriados, se convertirá en enseñanza efectiva y en estudio directo, guiados por los profesores, que tendrán en sus discípulos estímulos y alicientes nuevos. Su carácter dominante será el estudio de las ciencias de la naturaleza con sus más directos derivados, y las que tienen por objeto principal el estudio del hombre en su medio físico antiguo y actual. Las ciencias antropológicas serán allí las generadoras de las más fecundas relaciones con las demás de índole filosófica o jurídica; y basta este enunciado, a juicio del Poder Ejecutivo, para que se comprenda todo el espíritu de la nueva universidad.

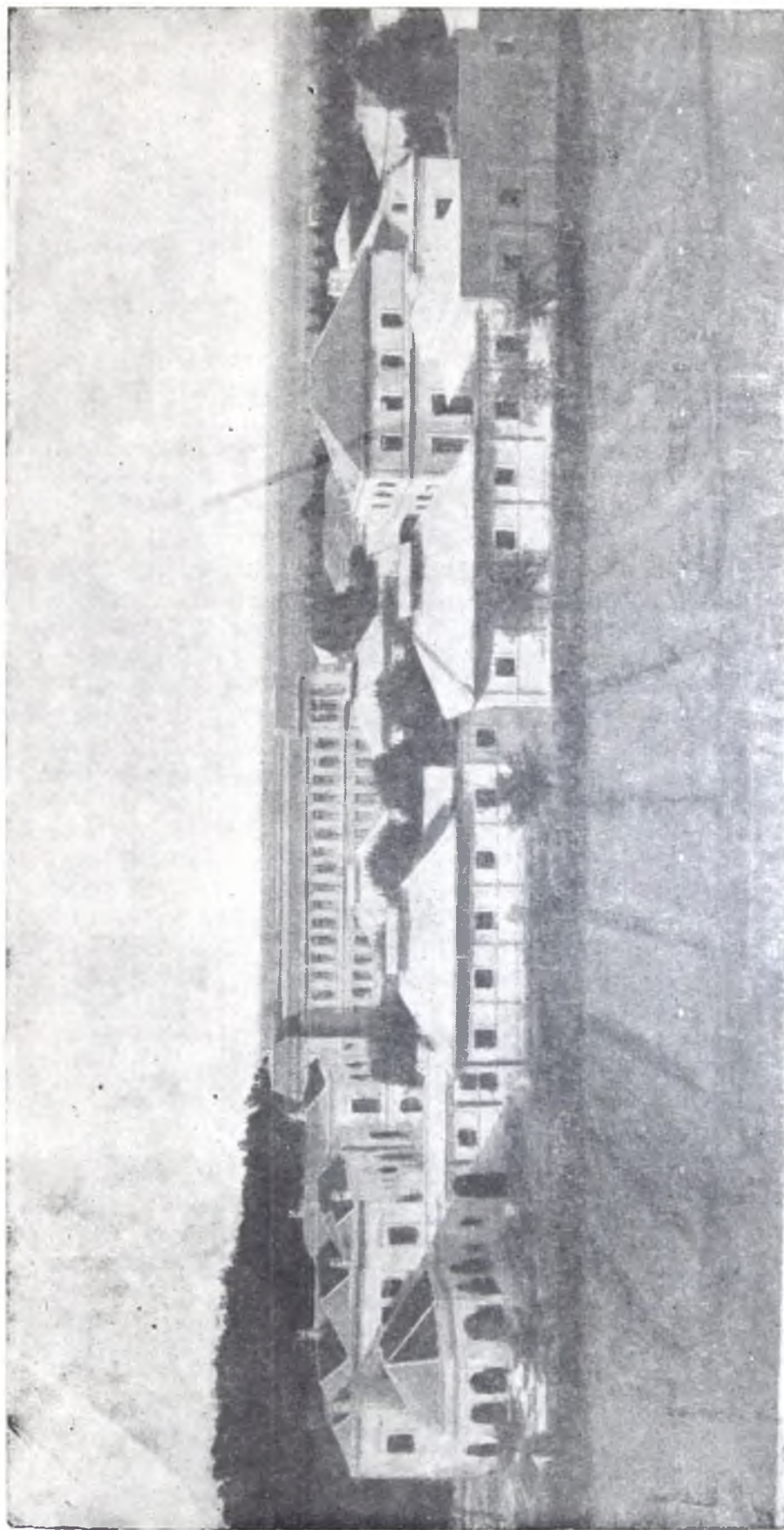
Hasta ahora en la República, se ha obtenido de los observadores astronómicos una idea imperfecta debido a una circunstancia excepcional, —la de la fundación del de Córdoba—, y esa idea es la que consiste en considerarlos sólo como centros de contemplación y registro de fenómenos celeste, de predicciones o explicaciones de los mismos; pero no se ha pensado en incorporarlos a la enseñanza astronómica práctica y a la de las ciencias conexas, que se refieren a la vida del planeta en sus relaciones con el universo y como residencia del hombre. Si hay un instituto universitario por excelencia, es un observatorio; pues es en sí mismo una síntesis de las leyes y fuerzas que rigen la vida en toda su duración, y de las correlaciones entre unas ciencias y otras.

Y aparte de estos caracteres superiores, al reunir en su recinto todo un conjunto de medios de observación de tales fenómenos, y los del medio atmosférico, se convierte en la mayor utilidad para el progreso de los múltiples ramos de la economía nacional, en sus fuentes más vivas. Esta bella y profunda ciencia, que guarda el secreto del principio, desarrollo y fin de la vida misma, al ser convertido para los estudiantes universitarios en una enseñanza experimental con la ayuda de los excelentes instrumentos de que se dispone y que pueden ser completados, despertará el interés de la juventud, que hasta ahora no se ha revelado, y con su influencia sobre los espíritus cultivados y la de éstos sobre la masa social, es indudable que se abre una nueva fuente de perfeccionamiento al alma colectiva. Y facilitará esta transformación en el carácter de este instituto, no sólo la disposición prevista de sus diversos pabellones, sino la agregación de cátedras indispensables de matemáticas y

enseñanzas prácticas de meteorología y sísmica, tan reclamada esta última, después de sucesivos desastres que han asolado varias ciudades de la República. Tiene el Poder Ejecutivo el pensamiento de hacer venir de Europa o de los Estados Unidos un astrónomo de alta e indiscutible reputación, para ponerlo al frente del instituto en su doble carácter de observación y de enseñanza, de manera que la tradición iniciada por Gould y Boeuf no se interrumpa por largo tiempo en la ciencia argentina.

Las mejores y más reputadas universidades de la América del Norte, cuentan entre sus departamentos más esenciales, los de Veterinaria y Agronomía, como los tienen Harvard, Yale, Cornell, Michigan, Pensilvania y muchas otras, no solamente por su utilidad económica y práctica, sino como rama coordinada de las ciencias biológicas de exclusiva índole universitaria. En este orden de ideas se ofrecen dos direcciones distintas en los estudios: la que se armoniza y correlaciona con todas las demás ciencias de la naturaleza y la de índole y fines limitados y prácticos, que ofrece su producto a la industria activa, a la riqueza actual del país; la primera es universitaria y da un tipo elevado de instrucción profesional: la segunda es especial, puede y debe existir separadamente, y su propósito es contribuir de inmediato al progreso de las industrias agrícolas y ganaderas, como parte de la riqueza pública actual. La medicina veterinaria y la agronomía como organismos universitarios, se extienden más lejos, y sin dejar de formar el profesional práctico, —antes por el contrario, lo provee de una preparación científica más sólida y general—, tienden a ensanchar y ahondar los cimientos de otros ramos superiores, la medicina humana y la biología en cuyo seno se elabora, sin duda, una transformación cada día más visible de las ciencias abstractas y filosóficas. Estas escuelas prácticas como la de Santa Catalina, son, además, para los estudios universitarios, verdaderas clínicas de experimentación y de aplicación de los principios y teorías de las aulas y laboratorios, y por tal medio, como ocurre en los estudios médicos y mecánicos, las fuentes de la riqueza pública se ensanchan cada día más así como el campo de actividad de los simples profesionales o prácticos. Encaminadas por nuevas vías y con mayores elementos, desde que pasaron a poder de la nación, la Facultad de Agronomía y Veterinaria de La Plata y la Escuela Regional de Santa Catalina, se hallan ya preparadas a incorporarse al sistema universitario en la cual constituirán, —como el Museo en lo relativo a ciencias naturales—, verdadero fundamento de futuros desarrollos en ciencias superiores.

No puede prescindirse, en una universidad que tiene por asiento la ciudad capital de la provincia de Buenos Aires, de una facultad de estudios jurídicos, que correspondan no sólo a las necesidades ineludibles de correlación con los fenómenos institucionales, sino a la legítima exigencia de una población tan crecida, de una organización política tan compleja y de una vida económica tan desarrollada como la de aquel es-



VISTA GENERAL DE LOS EDIFICIOS DESTINADOS A LA FACULTAD DE AGRONOMIA Y DE VETERINARIA, EN LA PLATA,
EN VIRTUD DE UNA LEY PROMULGADA EL 12 DE NOVIEMBRE DE 1889.

tado. Y además, era oportuno aprovechar esta circunstancia para dar forma a un anhelo nacional ya muchas veces expresado en el seno del Congreso, como se ha enunciado también en otros países de raza latina, tal como la formula un escritor francés del día, diciendo que "todos tienen sobre este asunto el mismo juicio y usan el mismo lenguaje: es necesario lo más pronto posible, rejuvenecer las facultades de derecho, reorganizar sus programas y sus grados en sentido más moderno", con lo cual se expone la verdadera situación de un problema histórico, cuya solución no puede, en verdad, ser aplazada por más tiempo: la transformación del antiguo espíritu dogmático científico y experimental.

Este es el carácter con que el Poder Ejecutivo ha concebido la facultad de estudios jurídicos que deberán formar parte integrante de la universidad nueva, y cuyas fórmulas se hallarán en la adjunta memoria explicativa. Su tipo se halla definido en el nombre de "Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas", que se proyecta, y que cree le conviene más que el de las existentes, porque su base es la ciencia positiva, y porque esos estudios habrán de correlacionarse con los de las otras facultades, donde las leyes de la vida individual y colectiva sean estudiadas en armonía con las demás de la naturaleza inanimada y de otras sociedades inferiores. Por igual sistema o método habrá de organizarse el estudio de las instituciones políticas, económicas y civiles de la nación, dirigidas a la vez a conocer las leyes históricas de su producción a consolidar en los hechos y en los hábitos las formas de la invención política o de la imposición de los sucesos históricos en cuanto tienen de convencionales o artificiales. Sobre una base científica suficiente, el estudio del derecho penal se transformaría con inmensos beneficios para la civilización, el del civil respondería mejor a las nuevas formas y anhelos de las sociedades contemporáneas, y el de las instituciones políticas dejaría de ser una mera exposición de hechos o de dogmas jurídicos, para convertirse en fuente de deducciones fecundas para la legislación, tomadas del conocimiento de las leyes íntimas que rigen la vida de la comunidad nacional.

"Durante largo tiempo nuestras facultades de derecho, —dice el mismo escritor antes citado—, respetuosas de la tradición hasta el exceso, no se han preocupado, a decir verdad, en sus anfiteatros, sino de la reglamentación legislativa a través de las edades, de la familia, de la propiedad y un poco de gobierno"; y entretanto los fenómenos de la vida moderna han excedido los moldes de las leyes tradicionales, y reclaman otras que las universidades aún no han forjado. Y las universidades no son sólo centros de conservación y culto del pasado, sino de observación de las leyes de la vida, y de progreso en todas sus manifestaciones, y esto ocurre con más evidencia en el orden económico y en el político, a cuyo respecto los institutos superiores modelos, en otros países, han experimentando tantos y tan profundos cambios sobre el tipo latino tradicional, o el hispano-americano, que acaso en compa-

ración con ellos estos últimos aparecerían exóticos o anacrónicos en extremo.

Por sus vínculos de parentesco menos lejanos que con las demás ciencias, el proyecto coloca bajo la dirección de la facultad de ciencias, jurídicas y sociales, mientras no adquieran vida y personería propias, dos secciones o embriones de dos futuras facultades, la de pedagogía, ya incorporada con gran éxito a otras grandes y célebres universidades de Europa y América, y la de filosofía y letras, la primera para formar de cada especialista científico un maestro en la respectiva ciencia, y la segunda para los fines de la alta cultura literaria, que no puede eliminarse de ningún plan racional. Así, pues, en esta facultad, destinada por la clase de sus estudios y su repercusión social y política, a ser como lo fue siempre, el exponente universitario más visible, tiene a su cargo una tarea importantísima y múltiple: la formación de las clases profesionales de la vida jurídica, el profesor, el doctor, el abogado, el procurador, el notario, y la de la clase política superior en cuyas manos se halla la dirección efectiva de los destinos nacionales.

Una biblioteca considerable, y bien ordenada, se incorpora también al organismo universitario; y aunque en sus condiciones actuales requiere ampliaciones de importancia, puede ser utilizada con éxito como centro de estudios y consultas, y empezar a desempeñar el papel a que el Poder Ejecutivo la destina en su proyecto, es decir como medio de realizar la "extensión" que de sus beneficios intelectuales debe realizarse hacia la sociedad. Tiene desde luego, esta biblioteca, para los fines de la influencia popular de la universidad, la ventaja de haber formado el hábito de la asistencia a sus actos públicos de conferencias y lecturas instructivas, que en el porvenir pueden ser metódicas y desarrolladas con una orientación social definida y con el concurso de los profesores de las facultades, quienes pondrán a concurso, en forma menos académica, los estudios realizados, sus experimentos concluidos y sus observaciones útiles, en forma accesible al mayor número.

El convenio importa dar desde luego a la universidad una personería jurídica suficiente para mantener la administración de los bienes que constituirán su patrimonio, hacerlos producir progresivamente y tender a sostener sus gastos y personal, con sus recursos propios. Tendrá autoridad para otorgar títulos profesionales científicos y prácticos de las varias facultades establecidas y demás escuelas especiales que se incorporen o se erigiesen en entidades distintas con el tiempo y cuyo detalle será fijado en los estatutos que la propia autoridad proyecte y someta a la aprobación del Poder Ejecutivo. Estos títulos —en justa retribución a la amplia liberalidad del gobierno de la provincia— satisfarán ante todo las necesidades propias de ésta en su foro, profesorado, industrias, administración: pero no podrá negárseles validez general, la misma que tienen los expedidos por las universidades de Buenos Aires y Córdoba.

Por lo que se refiere al régimen de gobierno, su carta orgánica contenida en el convenio, lo define en la forma más sencilla posible sin apartarse, no obstante, de modo notable, de los conocidos entre nosotros: se limita el número de miembros en la composición de las facultades, dejando reducido el cuerpo activo y gobernante o administrador, a un núcleo de fácil expedición y de verdadero trabajo. La asamblea de profesores, en cambio, compuesta con mayor amplitud, es la que elige esa corporación administrativa y le comunica en cada elección el aliento de vitalidad que nazca de su seno, y en el cual se hallarán representadas todas las tendencias apreciables en el gran conjunto de la universidad.

Contribuirán a dar mayor vigor a las facultades en su sentido docente los profesores adjuntos, los cuales, al auxiliar al profesor titular en su tarea, por la labor específica del análisis, la ampliación, el comentario y la repetición en común con los alumnos, hará de cada clase un taller de trabajo real y apartará a éstos de las tentaciones de la ociosidad y de la confianza en la improvisación y en el solo poder de la inteligencia, que a tan amargas decepciones conduce a los que fían en él. La misión académica en verdad es ilusoria y por ser tal, los cuerpos numerosos se convierten fácilmente en vacías e inútiles maquinarias que giran sin objeto cierto, en un formulismo sin substancia ni dirección determinada: su destino positivo y serio es la enseñanza misma, la investigación, el trabajo en la ciencia más que en el ceremonial, y su ocupación autoritaria más eficaz es la de mantener en las casas de estudios la disciplina consciente del que ama el saber y lo persigue, y cuyo fundamento más firme es el respeto por sus maestros y por la carrera a que consagra sus energías. En suma, la idea dominante del proyecto es fundar una universidad de trabajo y de producción en todos los ramos científicos que comprende: por eso ha simplificado el funcionarismo habitual en otras universidades y ha dispuesto las cosas de manera que los recursos que en ella se inviertan, se traduzcan en instrucción y en cultura en la mayor extensión posible, más que en empleados y en personal improductivo.

Así, desde las facultades se va a la formación del consejo superior o cuerpo administrativo supremo, bajo cuya jurisdicción, como en la de los senados de las grandes universidades americanas y europeas, se hallan los bienes, y en general, las finanzas del instituto, al mismo tiempo que una mayor suma de atribuciones disciplinarias y gubernativas, con el fin de acercar más entre sí, por su intermedio, las diversas facultades, dándoles una vida corporativa más estrecha y más coherente. Termina este orden ascendente de jerarquías la autoridad ejecutiva superior del presidente de la universidad, presidente inmediato del consejo superior y de cada facultad en forma de superintendencia, lo que da a las universidades de más celebridad, su fuerza más efectiva, por la íntima correlación que aquel alto funcionario establece entre todas, sin perturbar, no obstante su libre y distinto funcionamiento autonómico, en cuanto esto es exigido por cada división de la respectiva ciencia.

No había duda de que las primeras autoridades universitarias debían ser nombradas por el Poder Ejecutivo de la Nación, teniendo en cuenta primero que no existen aún los organismos electivos necesarios para el otro sistema, y luego, que el período de organización es período ejecutivo por excelencia, y los mecanismos electivos no se prestan a los procedimientos que tales períodos reclaman. Queda en todo caso, al fin del primer período, el recurso de confirmar o no la designación ejecutiva, en la primera elección que la universidad misma realice, cuando haya completado en los primeros tres años de su organización.

Agregaré, para concluir, algunas consideraciones más respecto a la forma financiera de ejecutar este proyecto, y ellas se refieren a sus recursos propios, y a los que provea el presupuesto general. Los bienes que se colocan bajo la administración universitaria, los productos que fabrican o elaboran sus diversos institutos prácticos, la explotación racional y progresiva de las fincas rurales y las tarifas o aranceles facultativos y universitarios, contribuirán desde luego y asegurarán en breve tiempo el sostenimiento de la nueva institución, de manera que el Poder Ejecutivo, con fundamento puede anticipar a vuestra honorabilidad que las asignaciones que le acuerde el presupuesto serán transitorias; y en cuanto a éstas, si bien hubiese sido más conveniente incluirlas desde luego en la ley de gastos generales de la administración, no es materialmente posible dado que las autoridades universitarias completarán su organización y están, por prescripción de la propia ley orgánica, obligadas a proyectar sus presupuestos particulares, sobre cuya base el Poder Ejecutivo trazará el definitivo que haya de someter a vuestra aprobación.

Por lo demás, es necesario tener en cuenta que los gastos de instalación, siquiera sean los más indispensables para aquellas facultades o institutos que carecen de ella o que aún no existen, son difíciles de prever con exactitud, siendo mucho más posible, cierta discreción administrativa, obtener mayores economías que por medios de presupuestos sin base cierta y experimental. Esto último, sobre todo, es indispensable considerar, pues no aparece prudente fijar dichos gastos con carácter inamovible, antes de un período prudencial de prueba, tratándose de una organización nueva en su primer período de existencia.

Con todo, el Poder Ejecutivo no cree que debe durar esta situación más de un año administrativo, antes del cual tendrá el agrado de remitir el presupuesto completo, esto es, cuando se hayan organizado e instalado las principales dependencias del nuevo instituto. Y esta tarea se presenta de tan fácil ejecución, porque no se trata de dar forma inicial a todas aquellas divisiones, pues la mayor parte de ellas poseen su mobiliario, útiles de trabajo y de enseñanza, instrumentos y demás materiales, con que pasan al dominio de la nación. Esta debe completar y renovar algunos, sustituir enteramente otros y dotar de nuevo, en particular los institutos que se consagran ahora a la enseñanza, de los muebles y

útiles necesarios para las aulas que deben ser instaladas en ellos, como en el Museo y en el Observatorio.

Debiendo remitirse a vuestra honorabilidad como documento ilustrativo, junto con el presente mensaje, la memoria especial del Ministerio del ramo sobre este proyecto, el Poder Ejecutivo cree innecesario detenerse en mayores explicaciones de detalle sobre el significado y trascendencia del mismo para los más grandes y caros intereses de la Nación: pero sí debe, al pedir al Honorable Congreso la aprobación del adjunto proyecto de ley, expresar con la mayor sinceridad su convicción de que, al incorporar esta nueva universidad al caudal científico de la República, se sientan las bases de la renovación más fecunda a que pueda aspirarse en el espíritu y tendencias de la enseñanza pública argentina en todos sus grados y especialidades, se contribuye del modo más eficaz que la experiencia universal y propia haya aconsejado, las fuentes más vivas de la prosperidad económica, moral y política del país, y en cuanto a la provincia de Buenos Aires, que ya cedió su capital tradicional, y cede ahora una parte tan valiosa de su patrimonio, este instituto le devolverá en formas múltiples los beneficios de ella recibidos, convirtiendo su capital nueva en el centro directivo y productor de la inteligencia y la ilustración de su vasto territorio y de una parte considerable del de la República, contribuyendo en esta otra forma más elevada, sin duda, que cualquiera otra, a la consideración definitiva de la unión, prosperidad y engrandecimiento de todas las provincias, y a la legítima expansión de la cultura nacional fuera de sus fronteras.

Dios guarde a vuestra honorabilidad.

MANUEL QUINTANA.

J. V. GONZALEZ

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

Artículo 1° Apruébase el adjunto convenio celebrado entre el Poder Ejecutivo de la Nación y el de la provincia de Buenos Aires, con fecha 12 del corriente, sobre establecimiento de una universidad nacional en la ciudad de La Plata.

Art. 2° Autorízase al Poder Ejecutivo para hacer de rentas generales y con imputación a esta ley, los gastos que requiera la instalación y funcionamiento de la referida universidad, mientras ella no sea incorporada al presupuesto general de la nación.

Art. 3° A los efectos de la ley de Montepío Civil, los empleados de la provincia de Buenos Aires que con motivo del convenio pasasen a depender de la nación, serán considerados empleados nacionales a contar de la fecha de sus respectivos nombramientos, computándose sus servicios prestados a la provincia de acuerdo con las leyes de la materia vigentes en ella.

Art. 4° Comuníquese, etc.

GONZALEZ.

— . —

DE LA ULTIMA SESION DEL CONSEJO SUPERIOR UNIVERSITARIO EN 1918

Para dar fin a estas citas y subrayar la verdadera posición de la Facultad de Agronomía y de Veterinaria en la FUNDACION de la Universidad Nacional de La Plata, he aquí las manifestaciones hechas por el doctor Joaquín V. González en la última sesión del Consejo Superior de aquélla, a que asistió en su calidad de presidente, en 1918.

Dijo así el doctor González:

“En realidad, cuando se estableció la actual universidad, no existía en La Plata sino un despojo de tal (se refería a la provincial) compuesta por un embrión de Facultad de Derecho, de 25 ó 30 alumnos, un embrión de Escuela de Obstetricia y un embrión de Facultad de Ingeniería.

“La única institución platense con carácter de verdadera facultad era la de Agronomía y Veterinaria y ella no formaba parte de la Universidad provincial.

“Con estos elementos y con la incorporación de otros institutos especiales, como el Observatorio Astronómico y el Museo, la Nación fundaría un instituto en esta ciudad, que se llamaría Universidad Nacional de La Plata. Era, pues, una *fundación*, y no una nacionalización, y por esto así lo dice la ley-convenio”.

La Facultad de Agronomía y de Veterinaria fue, pues, por obra del doctor Joaquín V. González, la base, la piedra angular de la FUNDACION de la Universidad Nacional de La Plata.

Por lo tanto, bien dicho está que Joaquín V. González derribó la barrera creada por la miopía internacional.

●

A MODO DE PALABRAS FINALES

Bien, señores Académicos, este es el recuerdo anunciado, y que he deseado traeros en esta feliz circunstancia de la conmemoración del centenario del nacimiento del eminente ciudadano que fue el doctor Joaquín V. González, recuerdo que me he propuesto completar reproduciendo —por su trascendencia y oportunidad— su tan celebrado discurso sobre “La Paz por la Ciencia”.

Dicho discurso fue pronunciado por el doctor González en 1914, en el acto público de la Colación de Grados del 15 de agosto de ese año, bajo la impresión de ansiedad que embargaba al mundo como consecuencia de la Primera Guerra Mundial.

Su texto cobra hoy plena actualidad, vistas también las vicisitudes por que atraviesa la Nación, en diversos órdenes.

Señores Académicos:

Doy por terminada la expresión de este recuerdo, muy modestamente realizado, por cierto, pero que lo ha sido con toda la sinceridad a que es acreedora la memoria de Joaquín V. González.

* * *

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

LA PAZ POR LA CIENCIA

Discurso en la colación de grados y títulos

de la

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

el 15 de agosto de 1914

por el

Dr. JOAQUIN V. GONZALEZ

Presidente de la Universidad
y Profesor de Historia Diplomática.



LA PLATA

1914

LA PAZ POR LA CIENCIA

Señoras: Señores:

Ha querido el destino que el acto más trascendental de nuestra vida universitaria se realizase este año bajo las penosas circunstancias de una guerra europea, de magnitud jamás alcanzada en los anales humanos, la cual, aunque se desarrolla lejos de nuestro suelo, interesa con la mayor intensidad el alma argentina, por la vasta solidaridad de cultura que la une e indentifica con todas las naciones amigas comprometidas en la magna contienda. Ella ha nacido de esa vieja civilización, se ha nutrido de sus ideales filosóficos y religiosos, y ha organizado su gobierno político y régimen social sobre los principios de su credo jurídico.

Una amplia corriente y una universal armonía de ideales "humanos" y pacificadores había arrullado los oídos del mundo en estos últimos años; y en Europa y en América disponíanse los congresos a conferenciar y a celebrar los triunfos de las formas orgánicas para la solución de las diferencias entre las naciones. Los amigos de la guerra o de la paz armada, oprimidos por el peso y el volumen de sus ejércitos y escuadras, en tierra, del agua y del aire, llegaban a consentir, por lo menos, en la sinceridad del antiguo aforismo de "conservar la paz por la disposición para la guerra"; y los más tolerantes de los pacifistas conciliaban con aquéllos en la próxima esperanza de un desarme general, como consecuencia del exceso de las armas y de sus presupuestos, y de una liquidación en el papel, de todas las montañas de hierro y oro acumulados por esa política. El autor europeo de "La grande ilusión", como los autores americanos de la fórmula llamada por sus nombres, —Wilson-Bryan— para evitar la guerra, después de llenar el espacio con la auspiciosa repercusión de sus bellas doctrinas, habrán quedado bajo el silencio de los hondos desengaños, tanto más dolorosos cuanto más inesperados.

La guerra ha estallado en la más altas cabezas de la civilización, en las dos razas y núcleos directivos de la marcha de la humanidad contemporánea, representativos del resultado de todas las filosofías, religiones y políticas que han luchado por ganar el corazón y la conciencia del género humano desde los comienzos de la historia: las filosofías no han conseguido aún armonizar, o sea dicho, "pacificar" las

almas de las sociedades, en constante agitación y lucha contra las desigualdades, o contra las injusticias inveteradas que sólo cambian de forma en cada evolución libertadora; "los enemigos de las actuales formas de sociedad, decía un escritor inglés el año pasado, ya se llamen en un país antimilitaristas, en otro anarquistas, y en un tercero revolucionarios, todos son semejantes. Ellos forman el elemento subjetivo de nuestro sistema de civilización, cuya columna dorsal es el Estado, y esperan el momento más propicio para introducir lo que ellos juzgan el sistema más conveniente, cuya columna dorsal es el Estado en ruinas.

Dado el desgraciado caso de una guerra, la revolución social, con todos sus horrores llamará a nuestras puertas. La Europa necesita paz externa, por la fundación del equilibrio político, y también paz interna por un justo equilibrio social entre el capital y el trabajo"

Entre tanto, los estadistas, los conductores de los más cultos pueblos del mundo, en cuyas entrañas labran su descomposición los que nuestro autor llama "enemigos del orden social", han desencadenado sobre el mundo la guerra de siempre, la guerra de matanza y de aniquilamiento, bajo cuyos escombros renacerán más que las mieses, los nuevos odios destinados a renovar otras guerras en el futuro. Y la filosofía seguirá tejiendo sus redes metafísicas, en el espacio mental, con menos fijeza que las arañas industriales, las cuales tejen las suyas sobre puntos de apoyo materiales y con sujeción a principios matemáticos indestructibles; mientras que los primeros crearon Estados y sistemas sociales mucho más deleznable, en comparación, que la leve telaraña en los arbustos.

Cuando las religiones han logrado su temporal anhelo de gobierno político, en busca del reinado de la paz ideal, fundada en la unidad de un dios o de un dogma, los emperadores inventaron el martirologio de los creyentes, y estos triunfantes, crearon el martirologio de los no creyentes; y cuando la Europa fue unificada por Carlomagno bajo la fe católica, "el espíritu del mahometanismo pasó lentamente al cristianismo; y durante dos siglos, —dice Lecky— en todos los púlpitos se predicó el deber de hacer la guerra al infiel, y pintaron el campo de batalla como el paso más seguro hacia el cielo prometido".

La nueva victoria del principio religioso en el siglo XV, lanzó sobre la Europa el furor de las guerras de la Reforma que la extenuaron por el odio y por la sangre; y cuando ese summum espiritual, embebido de la filosofía moderna y atemperado por la nueva corriente de tolerancia y solidaridad moral en la cultura, proclamaba las promesas del reino pacífico, una guerra de fondo religioso, y exterioridad étnica y realidad política y hegemónica, comienza en los dominios del islamismo, se propaga en la sangre de dos razas rivales, e incendia al fin el castillo fuerte de la civilización más preciosa que los hombres han conocido.

¿En cuántos siglos la política ha realizado la evolución de las formas orgánicas de las sociedades, desde las autocracias bárbaras hasta las más amplias y liberales democracias modernas? Y todas han reflejado sus influencias sobre la "justicia internacional", hacia la que tienden como un último ensueño de perfección: es la supresión de la guerra, la fundación del Estado social por excelencia, la realización del reino jurídico universal, "El crimen de la guerra" de nuestro Alberdi, adoptado por el pensamiento europeo, fue la última expresión condenatoria del estado regresivo y antijurídico, proscripto de la reciente filosofía política, y reconocido por el universal movimiento en favor de los principios del arbitraje y la estricta justicia internacionales: los gobiernos iniciadores y mantenedores de esa grande Asamblea de las naciones, cuya sede se ha fijado en La Haya, son los actores directos de la guerra pendiente, destinada a remover, sin duda, de raíz, en la conciencia contemporánea, todos los resultados de la historia.

¿Qué es entonces la política? ¿Dónde se halla la luz conductora por la tiniebla en la cual ha entrado de nuevo la humanidad? ¿Cuál es la realidad de las promesas hechas y de las enseñanzas transmitidas por las naciones antiguas de Europa a las naciones nuevas de América, las cuales se llaman a sí mismas discípulas, hechuras, creaciones de las primeras? Diríase que, lejos de asistir a una prueba formidable del valor efectivo de los progresos técnicos en lucha de predominio, presenciáramos una inmensa catástrofe de la organización del mundo civilizado, sobre las bases de las conquistas y de las convenciones anteriores. Ni los congresos de Westfalia, de Viena y de Berlín, ni las alianzas e inteligencias compensadoras del actual equilibrio mundial, en el que directa o indirectamente entran los continentes de América y el Oriente lejano, habrían logrado representar las aspiraciones o las conquistas pacificadoras de las religiones, la filosofía o la razón jurídica, que sirven de base a la actual organización del mundo; y fuerza será meditar en los gabinetes o en las cátedras, donde se estudian los problemas de la vida y el destino de los pueblos, sobre las causas del tremendo desastre que conmueve hoy los cimientos de la sociedad de las naciones.

Hace tiempo algunos ilustrados escritores proclamaron la bancarrota de la ciencia, en vista de las agitaciones sociales contemporáneas y de la universal inquietud de los espíritus; pero ellos veían el problema bajo una faz restringida e incompleta. Porque la ciencia aún no es libre, ni gobierna con plena autonomía, ni los demás órganos de los Estados la oyen ni le entregan todo su material, ni sus instrumentos ni sus medios de acción. La política la mantiene todavía aherrrojada y sometida a sus intereses y caprichos, sin permitirle desplegar la plenitud de su vuelo; ni las formas de gobierno o asociaciones de Estados la consulta y obedecen; ni sus inspiraciones ingénitas sobre las religiones y filosofías, pueden aún sobreponerse a los dogmas obligatorios, o a los sistemas tradicionales, o a las imposiciones de la fuerza, que tienen educada y habituada a la conciencia humana.

Luego, la ciencia no es responsable sino en la medida de su libertad, de los resultados de sus descubrimientos y experiencias sobre la felicidad de los hombres; ni tampoco del uso interesado o injusto que la rutina, el egoísmo, la razón de Estado, la ambición o el poder hacen de los agentes o instrumentos que ella les entrega, como el obrero asalariado que enajena en manos del patrón capitalista la labor de sus manos o la creación de su ingenio. En cambio, ningún criterio puede negar que ella es única autora de cuanto bienestar positivo y real goza el hombre civilizado, y de cuanta ventaja aprovechan para sus fines egoístas o particulares, los poderosos de la fortuna o las ambiciones de dominio de los caudillos de pueblos.

Parece indudable que la humanidad ha perdido la brújula de su derrotero en el tiempo presente. Una red inextricable de sendas y rumbos divergentes la han extraviado y confundido, y no atina a ver sobre el horizonte la "luz magna" que el profeta anuncia guiando al pueblo errante en la tiniebla. Y no es porque no sepa donde se halla esa luz, como siempre le aconteciera en los más críticos momentos de su historia. Ha buscado por siglos la verdad por el camino de la ficción y la libertad por la senda de la esclavitud; y cuando un espíritu inspirado le dijo que él era la verdad, y que sólo por la verdad iría a la libertad, se obcecó en su error, suprimió al profeta providencial, y cayó en la peor esclavitud, la de la mentira y el fraude, sobre las cuales edificó todas sus religiones, filosofías y políticas positivas. Al pensamiento unificador y pacificador reemplazó con la discordia y la guerra a sangre y fuego; al mandamiento del amor y la fraternidad y la ayuda recíproca, sustituyó los odios religiosos y sociales, y el interés y el egoísmo, que han creado los profundos abismos entre las naciones, las sociedades y las clases de una misma sociedad; han fundado la guerra permanente y continua, que corroe su corazón y enferma y extermina las mejores plantas y frutos de su inteligencia, y ha alejado, quien sabe por cuantos siglos más, la iniciación de la nueva era de la paz, o de la labor por la paz del mundo.

¡Cuánta doctrina engañosa y brillante, aún vestida con el ropaje de la ciencia, ha venido a ensalzar los beneficios de la guerra! Se cree que ella desarrolla y crea las virtudes viriles, los heroísmos y acciones grandiosas, que dignifican y elevan la persona humana. Entretanto desconocen la existencia de esos otros fecundos heroísmos pacíficos, que consisten en arrancar a la tierra sus elementos de bienestar y amplitud de la vida misma, y a la sombría y feroz ignorancia sus víctimas mil veces más miserables que las del hambre o de las fieras. La guerra, que saca del odio su fuerza mortífera o eliminatoria, no puede conducir a la paz, sino como preparación de otra era de guerra; porque en la naturaleza humana, la revancha del vencido se convierte en una vocación, así dure décadas o siglos su cumplimiento. Alberdi se había anticipado a Spencer en la enunciación del principio que la paz no puede ser fruto de la guerra, sino de las artes y los medios de la paz,

como observa Baty en su traducción del "Crimen de la guerra". Y la paz tiene sus fuerzas viriles insuperables, tanto más fecundas que las de la guerra, porque son creadoras y continuadoras, mientras que las segundas son destructoras y finales. La una tiene por misión aniquilar y cegar fuentes de vida, la otra crearlas y ensancharlas sin término, porque se propagan y desarrollan las unas de las otras.

La ciencia es la fuente de todas las creaciones útiles; y ella cierra sus laboratorios silenciosos cuando la guerra ensordece el ambiente y arrastra a la muerte estéril en manos de un hermano, al estudioso y al sabio que habría preferido morir de un heroísmo sublime, víctima de un invento fecundo para el bien de sus semejantes. La guerra ahonda y ensancha las diferencias entre las razas y las naciones, alejando cada vez más el ansiado día de la universal fraternidad; la ciencia muestra un solo camino, el de la verdad única posible, el de la verdad *que es*, que todos los hombres y naciones y razas deberán ver del mismo modo, porque tienen los mismos ojos y la misma comprensión de las verdades simples u objetivas, que conducen a las compuestas y subjetivas. La ciencia es, así, la única senda que conducirá a la armonía de las sociedades humanas más desemejantes y discordes, por la propia acción de sus métodos; y la ciencia es organismo que sólo vive en ambiente pacífico, para desplegar en él sus lentas y progresivas conquistas. Ella encierra el secreto de la paz del mundo y de las conciencias, la unificación de los intereses materiales y de las aspiraciones morales, las únicas bases positivas posibles de la igualdad social, y de la justicia fundada en la verdad de la naturaleza humana.

Ni los partidarios teóricos de la guerra, como institución útil al progreso del mundo, pueden desconocer el valor decisivo de la ciencia en sus resultados incontrarrestables; y así, deben oír la observación profundamente científica que se formula en obras recientes sobre la "Eugénica" o ciencia de la selección humana, cuando nos dice que 'bajo la corriente de la continua guerra, en la cual centenares de miles de los más fuertes miembros de la comunidad social son exterminados, mientras que sólo quedan los más débiles para continuar el núcleo fundamental, la raza originaria se debilita progresivamente, y puede al fin, extinguirse. Cuando, como es frecuente, el continuo despotismo sigue al continuo guerrear, los nuevos pueblos sometidos, no por la selección sino por la fuerza, al ser conservados en posición inferior, no pueden formar una nación con la integridad social de sus predecesores, y habrán de disgregarse y desaparecer'. Los campos de batalla, agrega, otro sociólogo alemán, quedarán cubiertos con los cadáveres de millones de nuestros hombres más jóvenes, sanos y fuertes. Los mejores son los que se pierden: sólo quedan los ancianos, los inválidos, los enfermos, porque el servicio obligatorio arrastra a todos los aptos para cargar las armas; y además los sobrevivientes de los campos de batalla no son los más indicados para la continuación de la raza, a menos que se dé a los neurópatas el primer lugar porque si al

estruendo de la técnica y del tráfico, se agregan los horrores de la guerra, "¿qué generación de neurasténicos se producirá, y cómo los males de la neurastenia arruinarán las generaciones!".

Desde los más primarios problemas relativos a la formación del núcleo social de la nacionalidad, hasta la posesión de los más sencillos medios de utilización de los recursos naturales, la ciencia es nuestra guía y maestra y artífice insuperable. Por eso es la labor permanente de las generaciones en este eterno vaiven de la ola figurativa del humano progreso. La Escuela y la Universidad son sus laboratorios y talleres, no sólo para trabajar en el material primitivo, sino para formar en la vida del trabajo la esencial fraternidad del esfuerzo común y solidario. Este reemplaza por virtualidad propia a los postulados convencionales y a los mandatos autoritarios de los dogmas religiosos o filosóficos heredados, los cuales, por otra parte, no pueden subsistir en la conciencia de un niño, apenas éste pueda percibir la verdad elemental de la ciencia; a menos que la religión o la filosofía no sean un efluvio natural de la ciencia misma.

El descubrimiento en colaboración, de una verdad, de un elemento, de una cualidad cualesquiera, crea desde luego un vínculo indisoluble de compañerismo, acaso más fuerte que el parentesco; y por sucesivas agregaciones, la esfera de la armonización y consenso colectivos va ensanchándose, hasta abarcar la totalidad de una nación o de una raza.

La ley de armonía ha sido sancionada por el propio imperio de la conciencia, y ninguna fuerza que no sea la de una necesidad superior, podrá desalojarla, ni debilitarla. El conocimiento de la verdad sobre las cosas y las ideas descubren en los corazones las excelencias, las virtudes y las sinceridades más asombrosas; y entre los hombres que vivieron separados por vallas infranqueables de prejuicios, diferencias y odios de muerte, se abre como un nimbo de luz, a cuyo resplandor se confunden sus almas en una íntima comunión de amor y solidaridad, porque han desaparecido entre ellos las únicas causas de separación, es decir, la ignorancia recíproca sobre las cualidades comunes, que ocultaban el tesoro de sus más hondas simpatías y afinidades. Por eso he dicho alguna vez, —inspirado en la enseñanza de Leonardo de Vinci— el espíritu más ingénitamente científico producido por el cultivo humano, que "conocer es amar, como ignorar es odiar", y porque la historia mental de la humanidad enseña con sobrada elocuencia que los ignorantes son los depositarios de los odios ancestrales, heredados o transmitidos de inmediato por el genio de la guerra, para encender las hogueras o armar los brazos fraticidas, o guiar el puñal del asesino, o envenenar de ingratitud y de injusticia hacia sus benefactores más abnegados, el alma de las sencillas comunidades de pueblos o aldeas privadas de la cultura intensiva o ambiente que los domestica o conduce por el buen camino.

Sólo la ciencia, cultivada en labor continua, tenaz, de generación en generación, y en cooperación consciente o ignorada de pueblos a

pueblos, puede acercarnos a formar ese espíritu de justicia social e internacional, tan anhelado por los filósofos y filántropos, que cual santos de una religión profana y sin dogmas, orasen a voces con el lenguaje del amor y de la verdad, como Franklin, como Washington, como Jefferson, quien concebía una noción de nacionalidad que "comenzase una nueva era, esperaba una época en la cual los intereses dominantes dejasen de ser locales para ser universales, las cuestiones de diferencias de fronteras y soberanías fuesen secundarias, y los ejércitos y armadas quedasen reducidos a una función de simple policía". Son palabras dictadas, como las de la inmortal despedida del chacarero de Mount Vernon, por un sentimiento de intenso amor humano, que nada sino la ciencia es capaz de inspirar, porque ella descubre ante las sencillas como las más altas conciencias, la verdad de la pequeñez igualitaria de todos los hombres, y desmonta todo el aparato formidable de las vanidades agresivas y dominantes, que engendran las autocracias, las tiranías y las clases oligárquicas, adueñadas de la libertad y del trabajo del pobre, el cual agobiado por su ignorancia irreparable, queda reducido a la esclavitud de hecho por la imposibilidad de una liberación, que estriba más en la ceguera de la mente que en la condición material de la servidumbre.

Debemos, entonces, todos los consagrados a la tarea del estudio, en todo país de la tierra, proponernos una nueva y más intensa, teniendo en cuenta que vamos en auxilio de nuestros hermanos de otras razas y naciones, considerados, acaso, inferiores, porque ignoramos sus cualidades y virtudes esenciales, hasta privarnos de su colaboración en nuestro propio progreso: en ayuda, en primer término, de nuestros compatriotas y vecinos más próximos de nuestra América, expuesta por su inexperiencia y juventud a errores más perniciosos porque comprometerían su porvenir, ya que tiene la suerte de mantenerse, gracias a la distancia geográfica e histórica que la separa de Europa, incontaminada de las pasiones impulsivas de la guerra presente, si bien no podrá desinteresarse de la suerte de los beligerantes, con quienes la unen lazos de una íntima solidaridad de raza, de intereses y tradiciones formados en la enseñanza de sus maestros, y en el aire de su cultura, absorbida por la nuestra en constante correspondencia ideal; y al estudiar con ese profundo interés solidario, la filosofía de esta guerra, no olvidemos que estudiamos un problema propio, porque corresponde a nuestra civilización. En el desquicio probable de los ajustes de esa vieja fábrica, no podríamos precisar con exactitud la misión superior que le está reservada a nuestra América y a nuestra patria, ya sea como sujetos de experiencia de nuevos principios emergentes de aquella terrible lección, ya como hogar de refugio o de reconstrucción de los ideales y doctrinas de solidaridad y justicia derruidos, ya de renovación de los despojos sangrientos que de ese antiguo acervo de principios sociales y políticos, quedarán esparcidos por los sangrientos o incendiados campos de batalla.

Señores profesores y estudiantes que me escucháis, —y ojalá me oyeran todos los que enseñan a la juventud de mi patria—, quiero deciros con toda la convicción de mi espíritu, templado ya en el yunque de treinta años de vida activa intelectual, que estoy muy lejos, —ante el espectáculo de la guerra europea—, de abdicar, como he observado en muchos otros, de los más fervientes ideales, y de la fe en la fuerza y valor de los principios directivos y superiores de la justicia y de la razón, en las relaciones políticas de las naciones civilizadas. La guerra, por grande y comprensiva que sea, es siempre un accidente pasajero en la sucesión de los tiempos; y aunque no sea un medio de fundar la paz, sus soluciones de hecho pueden crear una situación favorable al desarrollo de las instituciones justicieras y liberales, y a las labores de las ciencias, las letras y las artes, las cuales, al elevar en un grado más el nivel de la universal cultura, asegurarán por períodos cada vez más largos de paz convencional, la acción de los elementos constitutivos de la paz definitiva sobre las bases eternas de la verdad y de la justicia. Aunque nunca he pensado que pudiera admitirse un derecho y una moral internacionales para América en oposición a los de Europa, es indudable que la diferenciación geográfica hace posible la coexistencia de dos modalidades diferentes en la aplicación de sus principios generales. De esa manera el naufragio de ellos en un continente puede ser reparado por el otro, como ya pudo comprobarse este equilibrio cuando Canning enunció su inmortal afirmación: "He llamado a la vida un mundo nuevo para restablecer el equilibrio en el antiguo". Así, no porque hayan sufrido las conquistas de justicia internacional tan hondo descalabro con la presente guerra, nos dejemos invadir por el desaliento, ni menos por la reacción hacia las imposiciones bárbaras de la fuerza; acaso la misma Europa, cuando se haya cansado de matar y de destruir los frutos preciosos de su cultura y su trabajo seculares, venga a buscar en la olvidada América la brasa encendida para reavivar el fuego sacro de los seculares ideales de derecho, de justicia y solidaridad humanos, con los cuales tendrá que reconstruir, allá en el viejo solar de las razas madres, el común hogar devastado por los odios y rivalidades, no menos funestos por ser pasajeros.

Hay una sonrisa compasiva, o al menos interrogante, sobre las organizaciones corporativas que se han impuesto la misión de pacificar el mundo; se pregunta sobre el destino y la actitud de la Conferencia Internacional de La Haya, erigida en Corte permanente de arbitraje entre las naciones, y de los demás congresos científicos consagrados al progreso de la moral y justicia universales. Pareciera que estas creaciones convencionales debieran decretar de modo infalible la solución de todos los conflictos y remediar todas las imperfecciones humanas, corregir los errores y rectificar las corrientes de la historia, por obra de una magia omnipotente e incontrastable.

No se recuerda que ellas fueron establecidas como agentes de labor y experiencia, fundadas en el consenso voluntario de las naciones, y

sólo como órganos de consejo y no de legislación imperativa. Y basta para sus fines con esa relativa soberanía e independencia, porque las conquistas morales o jurídicas de las naciones no se han realizado en un día, y ya es mucho que ellas reemplacen a la sangre y al fuego que han costado siempre las simples enunciaciones de las nuevas fórmulas de gobierno en los siglos pasados. A ese género de corporaciones pertenecen los institutos científicos y las universidades que en todo el mundo trabajan en el mismo sentido, y sería renegar de la ciencia misma, desconocer su valor o utilidad, porque su existencia no hubiese sido bastante para impedir una revolución o una guerra.

A pesar de sus transitorias regresiones hacia el error o la violencia, la humanidad marcha a su perfeccionamiento; el ideal, conservado y cultivado en los solitarios laboratorios de la ciencia, del arte y de la poesía, es la estrella lejana del derrotero eterno, y hacia ella se encamina la peregrinación de la humana grey. La ciencia es su guía, el arte es su inspiración y su ritmo; y así, unidos los corazones al rumor de la armonía inefable que ellos exhalan en las almas, la marcha es triunfal, y durante las jornadas, van realizándose muchos de los prodigios esperados. No es posible abandonar la columna, ni arrojar los estandartes porque caigan en el camino los rendidos o los desalentados o los escépticos; no habría conquista en la vida si admitiésemos tal posibilidad, y en los procedimientos de la ciencia se explicarían menos tan perniciosas intermitencias de hastío o cobardía. Los estudiosos, los letrados, los profesionales del saber, tienen la misión de los oficiales en la marcha del ejército simbólico; ellos son un estímulo perenne para el soldado de fila, son un ejemplo vivo e infatigable de voluntad y de acción. En nuestra joven y aún informe nacionalidad sería una falta imperdonable la prédica del descreimiento y la vacilación; los que siguen sus estudios en las aulas, tras la enseñanza y conducción de los maestros, y los que van a ocupar su puesto en la labor pública del oficio, confiados en su propio esfuerzo, todos son responsables de su parte en la labor de salvar la integridad del patrimonio moral de la Nación.

Señores maestros, graduados y alumnos: entre los motivos de intensa satisfacción que este acto procura a la Universidad me complazco en señalar la presencia de tres de los más reputados miembros del profesorado de la venerable y benemérita Universidad de Córdoba del Tucumán, santuario silencioso y cálido de tres siglos de tradición y germinación de semillas ideales, que un día dejaron ver el misterio de su fruto glorioso en la libertad de nuestra patria; la cual, si es cierto que ha roto con su pasado político, acaso arrastrando en su corriente impetuosa, como la de nuestras montañas, muchos objetos caros al amor de la raza, ha podido conservar en aquella noble casa de estudios, como un arca de tesoros ancestrales, todo el sedimento de una sociedad que aspira a perpetuarse y engrandecerse. Ella ha sido mi verdadera madre espiritual; su alimento entrañable ha penetrado en mi

corazón y en mi inteligencia hasta sus más recónditas células: ha creado el foco de mis energías, mis ideales y amores humanos y patrióticos, al ponerme en comunicación íntima con el alma de nuestros antepasados, los de la Nación misma, que sin ellos apenas tendría un cimiento, como el que edificó sobre arena, en el Evangelio. De su seno ha nacido esta Universidad de La Plata, la cual, sobre la base irrenunciable de esa levadura secular, ha edificado su fábrica nueva, que por ese solo hecho lleva en su sangre hondo impulso de vida.

El señor Dr. Juan Carlos Pitt, decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de San Carlos, es una alta personalidad en el valioso mundo intelectual de Córdoba, donde vive y se enriquece cada día el núcleo de cultura y de ciencia que hace de esa gran ciudad un verdadero centro de atracción y convergencia de la vida social, intelectual y política de una vasta porción de la República. Hombre de foro, de cátedra y de estado, es por esos varios conceptos un respetable ministro de la justicia y de la administración de aquella adelantada provincia quizá la mejor constituida después de un largo período de accidentados ensayos; y es al mismo tiempo un avanzado representante de las ideas evolutivas que en medio del ambiente conservador del medio social, vale como una poderosa fuerza de progresos de todo orden. Su palabra de maestro ha resonado con su serenidad habitual y nutrida de sólida enseñanza, en nuestras aulas, que nunca olvidarán esos momentos de fecunda solidaridad y cooperación en la vasta labor de cultura que realizan las universidades argentinas. El doctor Enrique Martínez Paz, es de los más jóvenes profesores de la madre universidad cordobesa, y dentro del inalterable espíritu que en ella reina, puede decirse un innovador, un reformista, un creador. Su preparación extensa y la amplitud de su talento, su frescura y galanura de palabra y mentalidad, al confirmar la justa reputación ya adquirida por su enseñanza y sus escritos, le señalan como una grande esperanza para el país en cualquiera de las más altas fases de su destino. Y en cuanto al doctor Tomás J. Argañarás, uno de los más representativos talentos de la nueva generación de profesores de aquella ilustre academia jurídica, por la amplitud y vigor de su espíritu, su fuerza de trabajo y la orientación moderna de su enseñanza, será una columna fundamental para el sostenimiento, progreso y renovación del clásico instituto de Trejo y Sanabria. A los tres, les expreso la más íntima gratitud de la Universidad de La Plata, por su visita y sus ilustradas lecciones, hacia ellos y hacia la ilustre casa que los ha enviado en la embajada intelectual más propicia que pueden desear dos institutos llamados a completar su acción, distinta y concurrente a un solo fin patriótico y humano.

A los nuevos graduados de este día, les ha correspondido, así, la suerte de llevar sus títulos, en cierto modo consagrados por la presencia y la autoridad virtual de aquella alta y respetable corporación, por el prestigio efectivo que le agrega el concurso personal del Señor Mi-

nistro de Justicia e Instrucción Pública y la concurrencia, en nombre de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, del sabio y reputado maestro, el doctor David de Tezanos Pintos, cuya sola presencia es un justiciero realce para este acto; al de todos ellos se une el voto que en nombre de la nuestra formulo por su felicidad y éxito en la lucha de la vida, y por el incesante progreso de la ciencia.



IMPRESA "CRISOL"
CANNING 1871